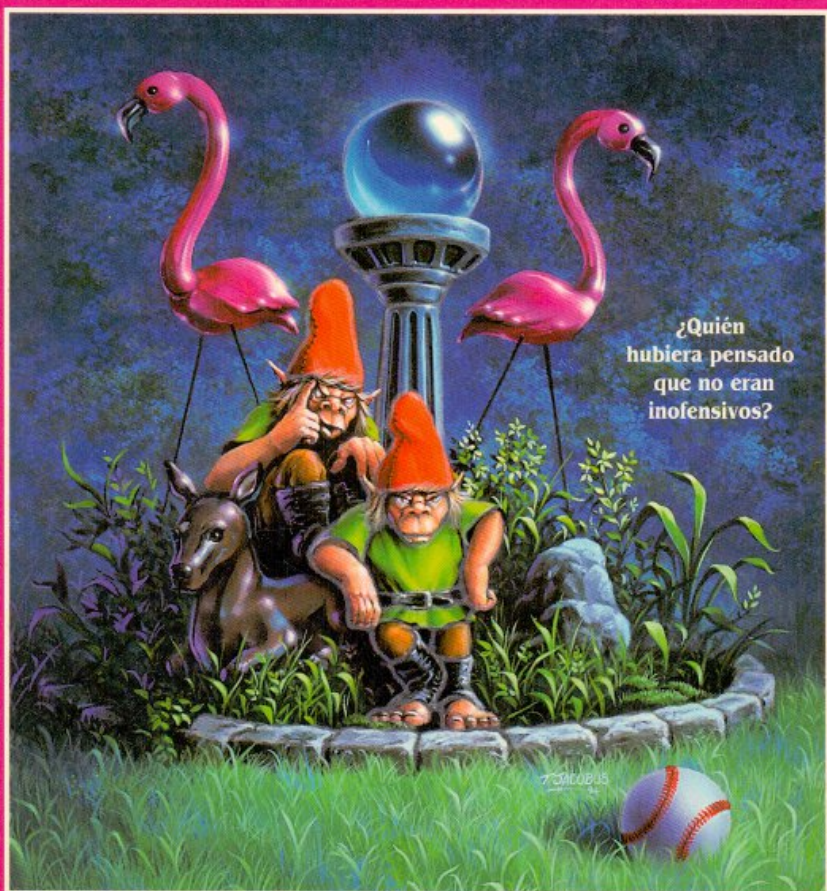


R. L. STINE

pesadillas[®]

La venganza de los gnomos



¿Quién
hubiera pensado
que no eran
inofensivos?

7 años

98

Dos flamencos de color rosado. Una familia completa de burlones seres de escayola. Al padre de Joe Burton le gusta esta estrafalaria ornamentación. No se le ocurre otra idea que llevárselos a su casa, sin imaginarse que entonces iban a comenzar los problemas. La noche está muy avanzada. Todos duermen. Alguien se desliza por el jardín. Susurra palabras horribles. Destroza melones. Chafa tomates... ¿Qué es lo que está ocurriendo? Dos mudos gnomos no pueden ser la causa de tan formidable desastre.



R. L. Stine

La venganza de los gnomos

Pesadillas — 26

ePub r1.0

javinintendero 10.09.13

Título original: *Goosebumps #34: Revenge of the lawn gnomes*

R. L. Stine, 1994

Traducción: Mercé Diago Esteva

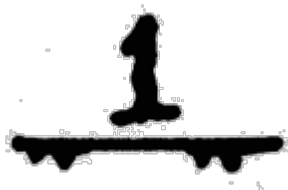
Editor digital: javinintendero

Edición de portada: Chuso101

Digitalización del texto: Rayul

ePub base r1.0





Cloc, cloc, cloc.

La pelota de pimpón rebotó ruidosamente en el suelo del sótano.

—¡Sí! —exclamé mientras observaba a Mindy correr detrás de ella.

Era una de aquellas tardes de junio cálidas y bochornosas. El primer lunes de las vacaciones de verano.

Y Joe Burton acababa de realizar otro lanzamiento perfecto.

Ése soy yo. Joe Burton. Tengo doce años. Y lo que más me gusta en este mundo es lanzar la pelota en las narices de mi hermana mayor para que tenga que ir a buscarla. No es que sea un mal hermano pero me gusta demostrarle que no es tan fantástica como se cree.

No os equivocaríais mucho si llegarais a la conclusión de que Mindy y yo no siempre logramos ponernos de acuerdo. De hecho, yo no me parezco en nada al resto de mi familia.

Mindy, mamá y papá son rubios, delgados y altos. Yo soy moreno y más bien rechoncho y bajito. Mamá dice que aún no he crecido del todo.

Así pues, soy un renacuajo. La verdad es que me cuesta ver por encima de la red de la mesa de pimpón; pero de todos modos, soy capaz de ganar a Mindy con una mano atada a la espalda.

A mí me gusta ganar tanto como mi hermana odia perder. Además ella no juega limpio. Cada vez que hago una buena jugada dice que no cuenta.

—Joe, no vale lanzar la pelota por encima de la red —se quejó

mientras sacaba la pelota de debajo del sofá.

—¡No me vengas con ésas! —exclamé—. Lo hacen todos los campeones de pimpón. Es un efecto especial.

Mindy puso sus ojazos verdes en blanco.

—¡Bobadas! —murmuró—. Me toca sacar.

Mindy es rara. Probablemente sea la muchacha de catorce años más rara del pueblo.

¿Que por qué? Ahora mismo os lo explico.

Empecemos por su dormitorio. Mindy ordena todos los libros por orden alfabético, según el autor. ¿No es increíble?

Rellena una ficha para cada uno de ellos y las archiva en el primer cajón de su mesa. Así forma su catálogo de fichas personal.

Si pudiera, sería capaz de recortar los libros para que todos tuvieran el mismo tamaño.

Es súper ordenada. Tiene el armario organizado por colores. Primero todas las prendas rojas, luego las de color naranja, después las amarillas, las verdes, las azules y las violetas. Cuelga la ropa en el orden de los colores del arco iris.

Por la noche se come lo que tiene en el plato en el sentido de las agujas del reloj. ¡De verdad! Yo lo he visto. Primero el puré de patatas, luego los guisantes y, después, la carne. Si encuentra un guisante en el puré, ¡se pone histérica!

Rara. Realmente rara.

¿Que cómo soy yo? No soy ordenado. No soy serio como mi hermana. En realidad soy bastante divertido. Mis amigos me consideran un as del humor. Todo el mundo, excepto Mindy.

—Venga, saca de una vez —le grité—. Antes de que acabe el siglo.

Mindy estaba en su extremo de la mesa, preparando el saque con sumo cuidado. Siempre se coloca en el mismo sitio, con los pies separados y a una distancia determinada, así que hasta ha dejado marca en la moqueta.

—Diez a ocho y saco yo —dijo Mindy finalmente, repitiendo como siempre el resultado antes de sacar. A continuación echó el brazo hacia atrás.

Yo sostuve la pala a la altura de la boca como si fuera un micrófono.

—Echa el brazo hacia atrás —anuncié como un locutor—. El público enmudece. Es un momento de máxima tensión.

—¡Joe, deja de hacer el imbécil! —refunfuñó—. Tengo que concentrarme.

Me encanta simular que soy un comentarista deportivo. A Mindy le saca de quicio.

Volvió a echar el brazo hacia atrás. Lanzó la pelota de pimpón al aire y...

—¡Una araña! —le grité—. ¡La tienes en el hombro!

—¡Ahhhh! —Mindy soltó la pala, empezó a golpear el hombro con fuerza y la pelota cayó sobre la mesa.

—Te he pillado —anuncié sonriendo—. El punto es mío.

—¡Ni hablar! —protestó Mindy enfadada—. Eres un tramposo, Joe.

Se alisó cuidadosamente la camiseta rosa, cogió la pelota y la arrojó por encima de la red.

—Por lo menos soy un tramposo con gracia —repliqué. Di un giro completo sobre mí mismo y golpeé la pelota, que botó una vez a mi lado antes de pasar como un rayo al campo contrario.

—Trampa —declaró Mindy—. Siempre haces trampa.

Agité la pala en dirección a ella.

—No te pongas así —dije—. Es un juego, lo importante es divertirse.

—Te estoy ganando —respondió Mindy—. Eso sí que me divierte.

Me encogí de hombros.

—¿Qué más da? Lo importante es participar.

—¿Dónde has leído eso? —preguntó—. ¿En una historieta de esas que salen en el envoltorio de los chicles?

Entonces volvió a poner los ojos en blanco. Me parece que un día de estos se le van a salir de órbita.

Yo también puse los ojos en blanco, pero de verdad.

—¿Te ha gustado el truco?

—Muy bonito, Joe —musitó Mindy—. Muy bonito. Será mejor que tengas cuidado, no vaya a ser que se te queden los ojos así. ¡Te quedaría muy bien!

—¡Qué chiste tan malo! —contesté—. Es malísimo.

Mindy volvió a colocar los pies en el lugar preciso.

—Se prepara para sacar —dije utilizando la pala como micrófono—. Está nerviosa. Está...

—¡Joe! —protestó Mindy—. ¡Basta ya!

Lanzó con cuidado la pelota al aire, echó la pala hacia atrás y...

—¡Anda! —exclamé—. ¿Qué es esa cosa grande y verde que te cuelga de la nariz?

Esta vez Mindy no me hizo caso. La pelota pasó a mi campo, yo me lancé hacia adelante y la golpeé con el extremo de la pala. La pelota pasó por encima de la red girando y fue a parar a un rincón del sótano, entre la lavadora y la secadora.

Mindy corrió hacia ella con sus piernas largas y delgadas.

—Eh, ¿dónde está *Buster*? —preguntó—. ¿No estaba durmiendo junto a la secadora?

Buster es nuestro perro. Un enorme rottweiler negro con una cabeza del tamaño de una pelota de baloncesto. Le encanta echar una cabezadita en el viejo saco de dormir que guardamos en un rincón del sótano. Sobre todo si estamos jugando a pimpón.

Todo el mundo tiene miedo de *Buster*, pero no por mucho tiempo, pues enseguida se pone a lamer a la gente con su lengua larga y húmeda, o se tumba panza arriba para que le rasquen la barriga.

—¿Dónde está, Joe? —preguntó Mindy mientras se mordía el labio.

—Pues estará por ahí —le respondí—. ¿Por qué estás siempre tan preocupada por *Buster*? Pesa más de cincuenta kilos. Ya puede cuidarse solo.

Mindy frunció el entrecejo.

—No si lo coge el señor McCall. ¿Recuerdas lo que dijo la última vez que *Buster* le pisoteó las tomateras?

El señor McCall es nuestro vecino. A *Buster* le encanta su patio. Le gusta echarse la siesta a la sombra del gran olmo, cavar agujeritos (o agujerazos) en su césped y tomar un tentempié con lo que encuentra en el huerto. El año pasado, *Buster* le arrancó todos los corazones de las lechugas y, de postre, se comió la planta de calabacines más grande que encontró.

Supongo que ésa es la razón por la que nuestro vecino odia a

nuestro perro. Dijo que la próxima vez que pillara a *Buster* en su jardín, lo iba a convertir en abono.

Mi padre y el señor McCall son los mejores jardineros de la localidad. El mundo de la jardinería les apasiona. Les vuelve locos. Aunque yo también creo que trabajar en el jardín tiene su gracia. Pero no se lo digo a nadie, porque mis amigos consideran que la jardinería es cosa de tontos.

Papá y el señor McCall siempre compiten por ganar el concurso anual de jardinería. Nuestro vecino suele conseguir el primer puesto, pero el año pasado papá y yo obtuvimos el lazo azul por nuestros tomates. Eso no le hizo ninguna gracia a nuestro vecino, y cuando anunciaron el nombre de papá, al señor McCall se le puso la cara tan roja como nuestros tomates.

Así pues, este año el señor McCall desea ganar a toda costa. Hace meses que empezó a abastecerse de abonos vegetales y de insecticida para fumigar. Además, ha plantado algo totalmente desconocido en North Bay: unos melones muy raros, de color naranja y verde, llamados «andrehuelas».

Papá dice que el señor McCall ha cometido un grave error. Está convencido de que las andrehuelas no alcanzarán un tamaño mayor que el de las pelotas de tenis, pues en Minnesota la temporada de cultivo es demasiado corta.

—El jardín del señor McCall va a perder —afirmé—. Seguro que este año nuestros tomates vuelven a ganar. Y gracias a mi tierra especial acabarán siendo del tamaño de una pelota de playa.

—Tu cabeza también —añadió Mindy.

Como respuesta, le saqué la lengua y me puse bizco, me pareció la mejor forma de actuar.

—¿A quién le toca sacar? —pregunté. Mindy era tan tardona que ya había perdido la cuenta.

—Me toca a mí —respondió, colocando los pies en el lugar exacto.

El sonido de unos pasos lentos y pesados en las escaleras que Mindy tenía a su espalda nos interrumpió.

—¿Quién es? —preguntó mi hermana.

Entonces él apareció detrás de ella, y a mí casi se me salen los ojos de órbita.

—¡Oh, no! —grité—. ¡Es... McCall!

2

—¡Joe! —vociferó. El suelo temblaba mientras se acercaba a Mindy con paso decidido.

Mi hermana empalideció. Agarró con tal fuerza la pala que los nudillos se le pusieron blancos. Intentó darse la vuelta para mirar atrás, pero no lo consiguió: los pies se le habían quedado paralizados en la posición de saque.

McCall, que parecía realmente enfadado, cerró las manos para enseñarnos sus potentes puños.

—Os voy a pillar. Y esta vez voy a ganar. Pásame la pala.

—¡Idiota! —farfulló Mindy—. Sa-sabía que no era el señor McCall. Sabía que era Alce.

Alce es el hijo del señor McCall y mi mejor amigo. En realidad se llama Michael pero todo el mundo lo llama «Alce», incluidos sus padres.

No sólo es el chico más alto de toda la clase, sino también el más fuerte. Tiene las piernas y el cuello tan gruesos como el tronco de un árbol. Además es muy, pero que muy ruidoso. Igual que su padre.

Mindy no lo traga. Dice que es un verdadero bruto. Yo, en cambio, opino que es muy buen tío.

—¡Eh, Joe! —gritó Alce—. ¿Dónde está mi pala? —Los músculos de los brazos se le hincharon cuando intentó arrebatarme la mía.

Me puse la mano detrás de la espalda, pero mi amigo me dio tal golpe en el hombro con una de sus fornidas manos que casi me saca la cabeza de sitio.

—¡Ahhhh! —grité.

Alce soltó una profunda risotada que hizo temblar las paredes del sótano y, como colofón, eructó.

—Alce, eres asqueroso —se quejó Mindy.

Alce se rascó la cabeza, cubierta de pelo marrón oscuro cortado al cepillo.

—Gracias, Mindy.

—¿Gracias por qué? —preguntó ella.

—Por esto. —Alargó el brazo y le arrebató la pala de la mano. Alce volteó la pala de Mindy en el aire como un loco y por poco le da a la lámpara del techo—. ¿Listo para un partido de verdad, Joe?

Lanzó la pelota de pimpón al aire y echó hacia atrás su potente brazo. ¡Bam! La pelota salió disparada hacia el otro extremo de la habitación. Rebotó en dos paredes y se dirigió hacia mí como un rayo.

—¡Trampa! —exclamó Mindy—. ¡Eso no se puede hacer!

—¡Qué guapo! —grité yo, y me abalancé sobre la pelota pero no le di.

Alce tiene un saque espectacular. Cuando volvió a golpear la pelota, ésta pasó rápidamente por encima de la red y me dio de lleno en el pecho.

¡Pum!

—¡Eh! —grité mientras me frotaba la parte dolorida.

—Buen saque, ¿eh? —rió abiertamente.

—Sí, pero se supone que tiene que botar en la mesa —le dije.

Alce agitó sus poderosos puños en el aire.

—¡Súper Alce! —bramó—. ¡Fuerte como un súper héroe!

Debo señalar que mi amigo Alce es un tipo un tanto salvaje. Aunque Mindy afirma que es un bestia, yo más bien creo que desborda entusiasmo.

Aproveché que él seguía moviendo los brazos, para hacer el saque.

—¡Eh! ¡No es justo! —protestó. Alce se tiró sobre la mesa y aplastó la pelota hasta convertirla en una diminuta mancha blanca.

—Es la decimoquinta pelota que te cargas en lo que va de mes —gruñí. Cogí los restos de la pelota y los eché a una caja de plástico azul, llena de pelotas de pimpón chafadas—. ¡Eh, me parece que

has batido tu récord! —anuncié.

—¡Perfecto! —exclamó Alce. Se subió a la mesa de pimpón y empezó a dar botes—. ¡Súper Alce! —gritaba.

—¡Para ya, imbécil! —le gritó Mindy—. Vas a romper la mesa. —Mi hermana se tapó la cara con las manos.

—¡Súper Alce! ¡Súper Alce! —canturreaba.

La mesa de pimpón osciló y se combó bajo su peso. La verdad es que ahora ya me estaba empezando a poner nervioso.

—¡Alce, sal de ahí! ¡Sal de ahí! —le rogué.

—¿Quién va a obligarme? —preguntó.

Entonces se oyó un crac fuerte y agudo.

—¡La vas a romper! —gritó Mindy—. ¡Baja!

Alce bajó de la mesa. Se dirigió hacia mí tambaleándose, con los brazos extendidos hacia adelante como el zombi que habíamos visto por la televisión en *Zombi asesino del planeta Cero*.

—¡Ahora voy a acabar con vosotros!

Entonces se abalanzó sobre mí. Cuando chocó violentamente con mi cuerpo, perdí el equilibrio y caí al polvoriento suelo de cemento.

Alce se subió encima de mi estómago y me dejó ahí clavado.

—¡Di que los tomates de Alce son los mejores! —me ordenó mientras saltaba una y otra vez encima de mi cuerpo.

—Los... toma... —dije resollando—, los... de Al... Alce... No puedo... respirar... no... ayuda.

—¡Dilo! —insistió Alce. Me rodeó el cuello con sus fornidas manos y apretó.

—¡Aaaagggggg! —intenté gritar, pero no podía respirar ni moverme.

Dejé caer la cabeza a un lado.

—¡Alce!—Oí gritar a Mindy—. ¡Suéltalo! ¡Suéltalo! ¿Qué le has hecho?

3

—M... Mindy —gimoteé.

Alce me quitó las manos del cuello y separó su robusto cuerpo de mi pecho.

—¿Qué le has hecho, pedazo de monstruo? —gritó Mindy. Se arrodilló a mi lado y se inclinó hacia mí. Me apartó el pelo de los ojos.

—E... eres un... un... —me callé y tosí débilmente.

—¿Qué, Joe? ¿Qué ocurre? —preguntó Mindy con ternura.

—¡Eres una PRIMA! —exclamé y me eché a reír.

Mindy se separó de mí rápidamente.

—¡Eres bobo!

—¡Te he engañado! ¡Te he engañado! —la chinché.

—¡Así me gusta, tío! —dijo Alce riendo sin disimulo.

Me puse en pie de un salto y choqué esos cinco con Alce.

—¡Pri-ma, Pri-ma! —canturreamos una y otra vez.

Mindy cruzó sus delgados brazos y nos miró airada.

—No tiene ninguna gracia —replicó—. ¡Nunca más voy a creerme nada de lo que digáis! ¡Nunca!

—¡Oh, qué miedo! —dije y empecé a mover las rodillas—. ¿Ves? Hasta me tiemblan las rodillas.

—Yo también estoy temblando —intervino Alce, meneando todo el cuerpo.

—Sois unos críos —afirmó—. Yo me largo.

Metió las manos en el bolsillo de sus pantalones cortos de color blanco y se marchó con paso decidido. Pero de repente se detuvo a

un metro de las escaleras, delante de la ventana alta del sótano que daba al patio delantero del señor McCall.

Se quedó mirando a través de la fina cortina blanca durante unos instantes. Entrecerró los ojos y, a continuación, exclamó:

—¡No! ¡Oh, no!

—No ha estado mal —respondí lanzándole una pelota de pelusilla que había en la moqueta—. Ahí fuera no hay nada. ¡No voy a tragarme tus inocentes trampas!

—¡No! ¡Es *Buster*! —gritó Mindy—. ¡Está otra vez en el patio de al lado!

—¿Qué? —Me acerqué velozmente a la ventana, me subí a una silla y corrí un poco la cortina. Sí. Ahí estaba *Buster*. En medio del huerto que había en el patio delantero del señor McCall—. ¡Oh, vaya! Vuelve a estar en el jardín —musité.

—¡Mi jardín! ¡Más os vale que no sea verdad! —afirmó Alce colocándose delante de mí bruscamente. Me sacó a empujones de la silla para mirar—. ¡Si mi padre encuentra a *Buster* en el huerto lo va a hacer picadillo!

—¡Venga! ¡Date prisa! —me rogó Mindy tirándome del brazo—. Tenemos que sacar a *Buster* de ahí. Inmediatamente. Antes de que lo vea el señor McCall.

Alce, Mindy y yo subimos a toda prisa las escaleras, salimos por la puerta delantera y cruzamos nuestro jardín en dirección a la casa de los McCall. En el extremo de nuestra propiedad, saltamos por encima de una hilera de petunias blancas y amarillas que papá había plantado a modo de separación entre nuestro jardín y el de los vecinos.

Mindy me clavó las uñas en el brazo.

—¡*Buster* está cavando! —exclamó—. ¡Va a destrozar los melones! —Las fuertes patas delanteras de *Buster* trabajaban sin descanso. Estaba dando zarpazos a la tierra y a los vegetales. Las hojas y el barro salían disparados en todas direcciones—. ¡Quieto, *Buster*! —suplicó Mindy—. ¡Quieto ahora mismo!

Buster siguió cavando.

Alce consultó su reloj de plástico.

—Más vale que saquéis a ese perro de ahí rápidamente —nos advirtió—. Son casi las seis y mi padre sale a regar las plantas a las

seis en punto.

El señor McCall me aterroriza. Lo reconozco. ¡Es tan alto y fornido que, a su lado, Alce parece un renacuajo! Además yo lo encuentro un poco malvado.

—¡*Buster*, ven aquí! —le rogué. Mindy y yo no parábamos de dar órdenes al perro, pero no nos hacía ni caso.

—No os quedéis ahí plantados. ¿Por qué no sacáis a ese dichoso perro del huerto? No tiene intención de moverse.

Me pasé la mano por debajo de la camiseta y busqué el silbato metálico para llamar a *Buster* que llevo colgado de una cuerda en el cuello. No me lo quito para nada. Ni siquiera por la noche. Es lo único que *Buster* obedece.

—Son las seis menos dos minutos —advirtió Alce, consultando su reloj—. ¡Papá va a salir enseguida!

—¡Toca el silbato, Joe! —gritó Mindy.

Me acerqué el silbato a la boca y soplé con todas mis fuerzas.

Alce lanzó una risita.

—Ese silbato está roto —dijo—, no ha sonado.

—Es un silbato para perros —respondió Mindy con aire de suficiencia—. Emite un sonido muy agudo que sólo oyen los perros y no las personas. ¿Ves?

Señaló hacia *Buster*, el cual había levantado el hocico de la tierra y erguido las orejas.

Volví a tocar el silbato y *Buster* se sacudió la tierra del pelaje.

—Os quedan treinta segundos —informó Alce.

Toqué el silbato una vez más.

¡Sí!

Buster se acercó a nosotros trotando despreocupadamente, sin dejar de menear su corta cola.

—¡Date prisa, *Buster*! —le supliqué—. ¡Rápido! —Le abrí los brazos.

—¡*Buster*, corre, no trotes! —imploró Mindy.

Demasiado tarde. Oímos un portazo.

La puerta delantera de la casa se abrió de par en par y salió el señor McCall.

4

—¡Joe! Ven aquí inmediatamente —me ordenó el padre de Alce. Anduvo pesadamente hacia el jardín mientras su gran barriga se movía arriba y abajo bajo la camiseta azul—. ¡Acércate, muchacho, a paso ligero!

El señor McCall es militar retirado. Está acostumbrado a «ladrar» órdenes y a que le obedezcan. Por consiguiente, obedecí. Me acerqué con *Buster* trotando a mi lado.

—¿Ha vuelto a meterse ese perro en mi huerto? —me preguntó lanzándome una mirada gélida, capaz de helar la sangre a cualquiera.

—No, se-señor —tartamudeé. *Buster* se sentó a mi lado bostezando profundamente.

Yo no suelo mentir, excepto a Mindy; pero la vida de *Buster* estaba en juego, tenía que salvarlo, ¿no?

El señor McCall se acercó al huerto de una zancada. Dio una vuelta alrededor de los tomates, el maíz, los calabacines y las andrehuelas. Examinó cada tallo y cada hoja con mucho cuidado.

«Uau —pensé—, ahora sí que nos hemos metido en un buen lío.»

Finalmente, nuestro vecino levantó la mirada, y me observó con los ojos entrecerrados.

—Si ese perro no ha estado aquí, ¿por qué está toda la tierra removida?

—A lo mejor ha sido el viento —respondí con voz queda. Valía la pena intentarlo; tal vez me creyera.

Alce estaba en silencio a mi lado. Sólo se calla delante de su

padre.

—Eh, señor McCall —empezó a decir Mindy—. Nos aseguraremos de que *Buster* no entre en el huerto. ¡Se lo prometemos! —Entonces le dedicó su sonrisa más dulce.

El señor McCall frunció el entrecejo.

—De acuerdo, pero si lo veo olisqueando mis melones, voy a llamar a la policía y haré que se lo lleven a la perrera. Y va en serio. —Tragué saliva. Sabía que lo decía en serio porque el señor McCall no suele bromear—. ¡Alce! —gritó de pronto—. ¡Saca la manguera y riega las andrehuelas! ¡Te dije que hay que regarlas como mínimo cinco veces al día!

—Hasta luego —murmuró Alce. Bajó la cabeza y corrió hacia la parte trasera de la casa para sacar la manguera.

Su padre nos dedicó otra mirada airada. Luego subió pesadamente las escaleras de la puerta delantera y cerró de un portazo.

—A lo mejor ha sido el viento. —Mindy puso los ojos en blanco—. ¡Vaya, has pensado rápido, Joe! —Sonrió.

—¿Ah, sí? Por lo menos he dicho algo —repliqué—. Y no olvides que yo he salvado a *Buster* con el silbato, en cambio tú no has hecho más que sonreír como una tonta.

Mindy y yo nos dirigimos hacia nuestra casa, sin dejar de discutir un solo momento hasta que oímos un ligero quejido. Un sonido tenebroso. *Buster* levantó las orejas.

—¿Quién es? —susurré.

Lo descubrimos poco después. Papá iba dando bandazos por uno de los lados de la casa mientras transportaba una regadera enorme.

Llevaba su uniforme de jardinero preferido: zapatillas de deporte con agujeros en la zona del dedo gordo, pantalones cortos y holgados a cuadros y una camiseta roja con la frase: «Soy un manazas en el jardín.» Papá no dejaba de gemir y lamentarse, lo cual era realmente extraño porque siempre está de un humor excelente, silba, sonríe y cuenta chistes malos cuando juega a ser jardinero.

Pero hoy no.

Hoy ocurría algo raro, muy raro.

—Chicos... chicos —se quejó, tambaleándose mientras se

acercaba hacia nosotros—. Os estaba buscando.

—Papá, ¿qué ocurre? ¿Qué pasa? —preguntó Mindy.

Papá se llevó las manos a la cabeza y se balanceó de un lado a otro. Respiró hondo.

—Te-tengo algo terrible que deciros.

5

—¿De qué se trata, papá? —pregunté—. Dínoslo.

Habló emitiendo un susurro ronco.

—¡He encontrado una... una mosca de la fruta en nuestros tomates! En el tomate más grande. ¡La Reina Roja! —Se secó el sudor de la frente—. ¿Cómo ha podido pasar una cosa así? Los he vaporizado, los he fumigado, los he podado. Dos veces esta semana. —Papá meneó la cabeza mostrando su aflicción—. Mis pobres tomates. ¡Si esa mosca de la fruta estropea mi Reina Roja no podré presentarme al concurso de jardinería!

Mindy y yo nos miramos el uno al otro. Sabía que estábamos pensando lo mismo: convivíamos con unos adultos que se comportaban de una forma un tanto extraña.

—Papá, no es más que una mosca de la fruta —indiqué.

—Con una basta, Joe. Con una sola mosca basta para que nuestras posibilidades de ganar el lazo azul desaparezcan. Tenemos que hacer algo, rápido.

—¿Y qué me dices del nuevo insecticida? —le recordé—. El que salía la semana pasada en el catálogo de *El Pulgar Verde*.

A papá se le iluminó el rostro. Se pasó la mano por el cabello despeinado.

—¡El «Extermina-insectos»! —exclamó. Se dirigió rápidamente al garaje—. ¡Vamos, chicos! —dijo entusiasmado—. ¡Probémoslo! —Papá se estaba animando.

Mindy y yo corrimos detrás de él.

Papá sacó tres envases de pulverizador de una caja situada al

fondo del garaje en cuya etiqueta se leía: «¡Diga adiós a los insectos con “Extermina-insectos”!» Un dibujo representaba a un insecto lloroso acarreando una maleta y despidiéndose con la mano.

Papá le pasó un envase a Mindy y otro a mí.

—¡A por la mosca de la fruta! —gritó mientras volvíamos a salir al jardín y quitábamos la tapa a los pulverizadores—. ¡Uno, dos, tres... pulverizad! —ordenó papá.

Él y yo pulverizamos las dos docenas de tomates sujetas con unos palos de madera que había plantado en el centro del huerto. Mindy aún no había empezado. Probablemente estaba leyendo los componentes del pulverizador.

—¿Qué es todo este escándalo? —preguntó mi madre saliendo por la puerta trasera.

Mamá llevaba uno de sus «modelitos» de estar por casa. Unos pantalones cortos a cuadros de papá y una vieja camiseta azul que le trajo a la vuelta de un viaje de negocios, hace algunos años, en la que se leía: «¡Te echo de más!» En fin, uno de los típicos chistes malos de papá.

—Hola, cariño —dijo papá—. Estamos a punto de aniquilar a una mosca de la fruta. ¿Quieres verlo?

Mamá se echó a reír y entornó sus ojos verdes.

—Muy interesante, pero tengo que acabar de diseñar una tarjeta de felicitación. —Mamá es artista gráfica. Ha montado una oficina en el segundo piso de nuestra casa. Dibuja las imágenes más increíbles con ayuda del ordenador. Puestas de sol, montañas y flores asombrosas—. La cena estará a las siete y media, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo papá mientras mamá desaparecía en el interior de la casa—. Bueno, chicos. ¡Acabemos con la fumigación!

Papá y yo pulverizamos las tomates una vez más e incluso las calabazas amarillas que estaban al lado. Mindy entrecerró los ojos y apuntó el pitorro directamente a la Reina Roja y, entonces, soltó un chorro bien dirigido.

Una diminuta mosca de la fruta batió sus alas débilmente y cayó al suelo. Mindy sonrió satisfecha.

—¡Buen trabajo! —exclamó papá. Nos dio una palmadita en el hombro—. ¡Creo que esto se merece una celebración! —afirmó—.

¡Se me acaba de ocurrir una idea perfecta! ¡Una visita relámpago a El Césped Encantado!

—¡Oh, noooo! —nos lamentamos mi hermana y yo.

El Césped Encantado es una tienda situada a dos manzanas de casa, el lugar donde papá compra los adornos para el jardín, un montón de adornos.

Papá adora los adornos para el jardín tanto como la jardinería, y tenemos tantos en el patio delantero que es imposible cortar el césped. ¡Está abarrotado! Tenemos dos flamencos rosas de plástico, un ángel de cemento con unas alas blancas enormes, una pelota de cromo en una plataforma plateada, una familia completa de mofetas de yeso, una fuente con dos cisnes besándose, una foca con una pelota de playa en el hocico y una cierva de yeso moteada.

No está mal, ¿eh?

Pero es que a papá le encantan, cree que eso es arte o algo así.

¿Y sabéis lo que hace? Los viste algunos días de fiesta. Pone sombreros a las mofetas el Día de Acción de Gracias, disfraza a los flamencos de piratas en Halloween y pone chisteras y barbas negras a los cisnes el día del aniversario del presidente Lincoln.

Mindy, con su obsesión por la limpieza y el orden, no soporta los adornos del jardín, y mamá tampoco. Cada vez que papá trae uno nuevo, mamá amenaza con echarlo a la basura.

—Papá, estos adornos son un fastidio —se quejó Mindy—. La gente los ve desde el coche y se baja a hacerles fotos. ¡Somos como una atracción turística!

—No exageres —gruñó papá—, sólo han hecho una foto.

Eso ocurrió el año pasado por Navidad, cuando papá disfraizó a todas las estatuas de ayudantes de Santa Claus.

—¡Sí, y la foto acabó saliendo en el periódico! —gimoteó Mindy—. ¡Menuda vergüenza!

—Bueno, yo creo que tampoco están tan mal —intervine. Alguien tenía que defender a nuestro pobre padre.

Mindy arrugó la nariz disgustada.

Yo sé qué le molesta de los adornos: la forma en que papá los coloca, sin ningún tipo de orden. Si Mindy pudiera salirse con la suya los colocaría en fila, igual que hace con los zapatos, todos bien alineados.

—Venga, chicos —nos apremió papá avanzando ya por el camino de entrada—. Vamos a ver si les ha llegado alguna remesa de adornos nuevos.

No nos quedaba otra elección. Mindy y yo seguimos a papá mientras pensábamos que no había para tanto y que, total, ya casi era la hora de la cena. Sólo íbamos a la tienda a echar un vistazo y luego volveríamos a casa.

No teníamos ni la menor idea de que la aventura más terrorífica de nuestra vida estaba a punto de empezar.

6

—¿No podemos ir en coche, papá? —preguntó Mindy con voz quejumbrosa mientras los tres subíamos por la empinada Summit Avenue en dirección a El Césped Encantado—. Hace demasiado calor para andar.

—Oh, vamos, hija. Sólo está a un par de manzanas. Así harás un poco de ejercicio —respondió papá al tiempo que daba grandes y rápidas zancadas.

—Pero hace mucho calor —volvió a quejarse. Mindy se apartó el flequillo de la frente y se secó el sudor con la mano.

Mindy tenía razón. Hacía calor pero, vamos a ver, sólo íbamos a dos manzanas de distancia.

—Yo tengo más calor que tú —bromeé. Entonces me incliné hacia ella y sacudí a su lado mi cabeza sudorosa—. ¿Lo ves?

Unas cuantas gotas de sudor fueron a parar a la camiseta de Mindy.

—¡Eres un cerdo! —me gritó dando un paso atrás—. ¡Papá! ¡Dile que deje de hacer el guarro!

—Ya falta poco —respondió nuestro padre. Su voz sonaba distante; seguramente estaba soñando con el próximo adorno que iba a comprar.

Justo al final de la calle distinguí el tejado alto y puntiagudo de El Césped Encantado. Se elevaba hacia el cielo y dominaba todos los edificios que lo rodeaban. «Qué lugar tan extraño», pensé.

El Césped Encantado es una casa de tres pisos, vieja y descuidada, algo apartada de la carretera. Todo el edificio es de

color rosa brillante y las contraventanas son de tonos muy vistosos, pero que no combinan entre sí. Creo que ésa es una de las razones por las que mi hermana odia este lugar. La vieja casona se encuentra en muy malas condiciones. Las planchas de madera del porche delantero están todas flojas. El verano pasado, sin ir más lejos, el señor McCall se cayó por entre dos de ellas.

Cuando pasábamos junto al asta de bandera del jardín delantero, vi a la señora Anderson en el camino de entrada. Es la propietaria de El Césped Encantado y ha habilitado el segundo y tercer piso como vivienda.

La señora Anderson estaba de rodillas junto a una bandada de flamencos rosas de plástico. Les quitaba el envoltorio y los colocaba en el césped formando unas filas un tanto desordenadas.

Esta señora me recuerda a un flamenco. Está muy delgada y siempre va vestida de rosa. Hasta el pelo lleva rosa, como una especie de dulce de algodón. Sólo vende adornos para jardín: ardillas de yeso, ángeles besándose, conejos rosas con bigotes de alambre, gusanos verdes y largos tocados con pequeños sombreros negros, una bandada completa de gansos blancos... Tiene cientos de adornos, todos ellos desperdigados por el jardín, por las escaleras que dan al porche y por toda la primera planta de la casa.

La señora Anderson desenvolvió con cuidado otro flamenco y lo colocó junto a un ciervo. Observó cómo quedaba y desplazó el ciervo unos centímetros hacia la izquierda.

—¡Hola, Lilah! —le gritó mi padre. Ella no respondió porque es un poco dura de oído—. ¡Hola, Lilah! —repitió papá, haciendo bocina con las manos.

La señora Anderson levantó la cabeza de los flamencos y dedicó una amplia sonrisa a mi padre.

—¡Jeffrey! —exclamó—. ¡Me alegro de verte!

La señora Anderson siempre es muy amable con papá. Mamá dice que es su mejor cliente. ¡Tal vez sea su único cliente!

—¡Yo también! —respondió papá. Se frotó las manos con impaciencia y echó un vistazo al jardín.

La propietaria clavó el último flamenco en el suelo y se acercó a nosotros mientras se limpiaba las manos en la camiseta rosa.

—¿Has pensado en algo especial? —preguntó.

—Nuestra cierva está un poco sola —le explicó papá a voz en grito para que pudiera oírle—. Me parece que necesita compañía.

—Papá, por favor, ya no necesitamos más adornos —le suplicó Mindy—. Mamá se enfadará.

La señora Anderson sonrió.

—¡Oh, en un jardín siempre hay sitio para otro adorno! ¿Verdad, Jeffrey?

—Sí —convino papá.

Mindy apretó los labios con fuerza y puso los ojos en blanco por enésima vez en lo que iba de día.

Papá se dirigió rápidamente, seguido por nosotros, a un extremo del jardín, donde había un rebaño de ciervos de yeso con unos ojos abiertos como platos. Los ciervos medían casi un metro y medio de alto y sus cuerpos de color pardo rojizo estaban moteados de blanco. Muy realistas. Muy aburridos.

Nuestro padre observó los ciervos unos instantes pero, de pronto, algo desvió su atención: dos gnomos rechonchos situados en medio del jardín.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —murmuró papá esbozando una sonrisa.

Vi que se le encendía la mirada. Se inclinó para observar las figurillas más de cerca.

La señora Anderson hizo ademán de aplaudir.

—¡Jeffrey, qué ojo tienes para los adornos de jardín! —exclamó—. ¡Sabía que esos gnomos te gustarían! Llegan de Europa y son pura artesanía.

Miré los gnomos. Parecían enanitos viejos. No llegaban al metro de altura y eran muy regordetes. Tenían los ojos rojos y penetrantes y las orejas grandes y puntiagudas. Sus labios esbozaban una amplia sonrisa burlona y unos cabellos castaños y gruesos les cubrían la cabeza. Vestían una camisa de manga corta de color verde brillante, mallas marrones y un gorro naranja acabado en punta. También llevaban un cinturón negro bien apretado.

—¡Son maravillosos! —dijo papá entusiasmado—. Oh, chicos, ¿no os parecen preciosos?

—No están mal, papá —respondí.

—¿Que no están mal? —gritó Mindy—. ¡Son horribles! ¡Son una

horterada! Además, parecen tan... tan malvados. ¡No me gustan nada!

—Vaya, tienes razón, Mindy —dije—. Son bastante horteras. ¡Se parecen a ti!

—Joe, eres un gran... —empezó a decir Mindy, pero papá la interrumpió.

—¡Nos los llevamos! —declaró.

—Papá, ¡no! —protestó Mindy—. ¡Son horripilantes! Compra un ciervo u otro flamenco, pero no esos gnomos tan feos. Mira qué sonrisa tan malvada. ¡Son siniestros!

—Oh, Mindy, no digas tonterías. ¡Son perfectos! —exclamó papá—. Con ellos nos divertiremos mucho. En Carnaval los disfrazaremos de fantasmas y en Navidad de Santa Claus. Además, parecen unos duendecillos. —Papá sacó la tarjeta de crédito. El y la señora Anderson se dirigieron hacia la casa rosa para concluir la venta—. ¡Enseguida vuelvo! —gritó.

—Son lo más horrendo que hay —se lamentó Mindy antes de volverse hacia mí—. A mí me dan vergüenza, no voy a poder traer a ninguno de mis amigos a casa. —Mi hermana tropezó en la acera.

Me resultaba imposible apartar la vista de los gnomos. Tenían una fealdad extraña y, aunque estuvieran sonriendo, parecían malos. Sus ojos vidriosos eran demasiado fríos.

—¡Uau! ¡Mindy! ¡Mira! —exclamé—. ¡Uno de los gnomos acaba de moverse!

Mindy se volvió hacia mí muy despacio.

Una de esas manos rollizas me agarraba con fuerza por la muñeca. Yo me retorcí en un intento por liberarme.

—¡Suéltame! —chillé—. ¡Déjame! ¡Mindy, date prisa!

—¡Ya, ya voy! —dijo.

7

Mindy se acercó corriendo a mí. Saltó por encima de los flamencos y rodeó rápidamente al ciervo.

—¡Rápido! —gimoteé con el brazo izquierdo extendido en dirección a ella—. ¡Me hace daño!

Pero cuando mi hermana estuvo más cerca, con el rostro contraído por el miedo, ya no fui capaz de fingir más y me eché a reír.

—¡Te lo has creído! ¡Te lo has creído! —grité, y me separé del gnomo de yeso. Mindy intentó asestarme un buen golpe, pero no acertó—. ¿De verdad te has creído que ese gnomo me había agarrado? —le pregunté—. ¿Has perdido la chaveta?

No tuvo tiempo de responder. Papá bajó rápidamente los peldaños rosas de la escalera que conducía al porche.

—Ya nos podemos llevar a los hombrecitos a casa —anunció sonriente. Se detuvo y miró contentó a esos gnomos tan feos—. Pero primero los bautizaremos. —Papá pone nombres a todas las figurillas que tenemos en el jardín.

Mindy soltó un gemido perfectamente audible pero papá no le prestó la más mínima atención. Dio una palmadita en la cabeza a uno de los gnomos.

—A éste lo llamaremos *Feliz* porque ¡parece tan feliz! Yo llevaré a Feliz. Vosotros coged a... —Se calló y miró fijamente al otro gnomo. Tenía un diente mellado—. *Desdentado*. Sí, lo llamaremos *Desdentado*. —Papá levantó a Feliz en sus brazos—. ¡Vaya! ¡Sí que pesa! —Se encaminó hacia la salida tambaleándose debido al peso

del gnomo.

Mindy observó a Desdentado.

—Tú cógelo por los pies y yo lo cogeré por la cabeza —me indicó—. Venga. Uno, dos, tres... ¡arriba! —Me incliné y cogí al gnomo por las piernas. Me hice un araño en el brazo con las pesadas botas rojas que llevaba y solté un grito—. ¡Deja de quejarte! —ordenó Mindy—. Por lo menos este estúpido gorro puntiagudo no se te está metiendo en el ojo como a mí.

Bajamos como pudimos la calle empinada detrás de papá, intentando mantenernos bien juntos.

—Todos los vecinos nos están mirando —se quejó Mindy. Era cierto. Dos chicas de su colegio que iban en bicicleta se pararon a mirar y, a continuación, se echaron a reír. El rostro pálido de mi hermana se puso tan rojo como los tomates de papá—. Nunca olvidaré esto —refunfuñó—. Venga, Joe. Anda más rápido. —Meneé las piernas de Desdentado para que Mindy lo dejara caer, pero lo único que conseguí fue ponerla nerviosa—. Para ya, Joe —me espetó—. Y lleva las piernas un poco más altas.

Al aproximarnos a casa, el señor McCall nos vio cargando con los dos gnomos y dejó de podar los arbustos para admirar nuestro pequeño desfile.

—¿Más adornos para el jardín, Jeffrey? —le preguntó con una risita ahogada.

El señor McCall no es muy amable con Mindy y conmigo, pero él y papá se llevan bien. Siempre hacen bromas sobre sus respectivos jardines.

La señora McCall asomó la cabeza por la puerta delantera.

—¡Qué monos! —exclamó, y nos dirigió una sonrisa desde debajo de su gorra de béisbol—. Entra, Bill. Está tu hermano al teléfono.

El señor McCall dejó las tijeras de podar y entró en la casa.

Pasamos por delante del camino de entrada de los McCall cargando a Desdentado y seguimos a papá hasta nuestro jardín delantero.

—¡Aquí! —nos indicó papá mientras dejaba a Feliz en el extremo más apartado del jardín, al lado de Lilah. Lilah es la cierva. Papá la bautizó así en honor a Lilah, la propietaria de El Césped

Encantado.

Con las pocas fuerzas que nos quedaban, arrastramos a Desdentado hacia papá. La verdad es que estos gnomos pesaban mucho más que las otras figuras. Mindy y yo soltamos al gnomo en la hierba y nos dejamos caer a su lado en la tierra.

Silbando contento, papá colocó a Desdentado a un lado de la cierva y a Feliz al otro.

Dio un paso atrás para observarlos mejor.

—¡Qué enanitos tan graciosos! —afirmó—. Tengo que enseñárselos a vuestra madre. ¡Seguro que le encantan! ¡Son demasiado bonitos para que no le gusten!

Cruzó el jardín y entró en casa rápidamente.

—¡Eh! —Oí un grito conocido procedente de la casa vecina. Alce atravesó el camino de entrada a su casa en dirección a la nuestra—. Me han dicho que tenéis unos adornos nuevos que son horrorosos. —Se abalanzó sobre los gnomos para observarlos—. ¡Qué cosa más fea! —soltó. Acto seguido, se inclinó y le sacó la lengua a Feliz—. ¿Quieres pelea, renacuajo? —preguntó a la pequeña estatua—. ¡Pues toma! —Simuló propinarle un puñetazo en el pecho.

—¡Acaba con el enano! —le insté.

Alce agarró al gnomo por la cintura y le propinó doce golpes rápidos.

Me puse en posición de ataque.

—¡Voy a borrarle esa horrible sonrisa de la cara! —le grité a Desdentado. Apreté el cuello del gnomo y fingí estrangularlo.

—¡Mira esto! —Alce levantó la pierna y dio un puntapié en el más puro estilo karateka al gorro puntiagudo de Desdentado. La rechoncha figura se tambaleó.

—¡Cuidado! ¡Dejad de hacer el burro! —nos advirtió Mindy—. Vais a romperlos.

—De acuerdo —dije—. ¡Vamos a hacerles cosquillas!

—¡Cosquillas, cosquillas! —canturreaba Alce al tiempo que cosquilleaba a Desdentado en las axilas.

—Eres terrible, Alce —afirmó Mindy—. Eres un verdadero... —Alce y yo esperamos que Mindy acabara de insultarnos pero, en su lugar, señaló hacia el jardín vecino y exclamó: —¡Oh, no! ¡Buster!

Nos volvimos y divisamos a *Buster*, en medio del jardín del señor

McCall, dando zarpazos a los tallos verdes.

—¡*Buster*! ¡No! —grité.

Cogí el silbato para perros y me lo acerqué a la boca. Pero antes de que pudiera silbar, el señor McCall salió disparado por la puerta delantera.

—¡Otra vez este perro estúpido! —vociferó, moviendo los brazos como un poseso—. ¡Largo de aquí! ¡Largo!

Buster gimoteó, se dio la vuelta y regresó a nuestro jardín, con la cabeza gacha y el rabo entre las patas.

«Oh, oh! —pensé al ver el rostro enfadado del señor McCall—, nos hemos metido en un buen lío.»

Pero antes de que el padre de Alce empezara a sermonearnos, papá apareció por la puerta delantera.

—Chicos, vuestra madre dice que la cena ya casi está lista.

—Jeffrey, ¿mandas expresamente a este perro estúpido a estropear mis melones? —preguntó el señor McCall.

Papá se rió.

—*Buster* no lo hace a propósito —respondió—. Se piensa que tus melones son pelotas de golf.

—¿Eso que has cultivado qué son, tomates o aceitunas? —le espetó el padre de Alce.

—¿No viste el tomate que ayer metí rodando en casa? —replicó papá—. ¡Tuve que utilizar una carretilla!

Buster se estaba paseando por el jardín. Creo que, en cierta manera, era consciente de que se había librado de una buena.

Nos encaminamos hacia el interior pero oí un golpe seco y me detuve. Al volverme vi a Feliz boca abajo en el césped y a *Buster* lamiéndolo con frenesí.

—Perro malo —lo regañó papá. Me parece que papá siente el mismo aprecio por *Buster* que el señor McCall—. ¿Has tirado al gnomo? ¡Apártate de ahí!

—¡*Buster*, ven aquí, perrito! —lo llamé. Pero no me hizo caso y siguió lamiendo el enano con más fruición que antes.

Me acerqué el silbato a los labios y soplé una sola vez. *Buster* levantó la cabeza al oír el sonido, abandonó al gnomo de yeso y se acercó a mí.

—Joe, levanta a Feliz, ¿de acuerdo? —ordenó papá, molesto.

Mindy sujetó a *Buster*. Yo cogí al gnomo por los hombros y, con cuidado, lo coloqué de pie. Luego lo examiné por si había sufrido algún daño.

Las piernas, los brazos, el cuello, todo parecía estar bien.

Le miré la cara y di un respingo. Parpadeé unas cuantas veces y volví a mirar al gnomo.

—¡No... no me lo puedo creer! —murmuré.



La sonrisa del gnomo había desaparecido.

Tenía la boca bien abierta como si tratara de gritar.

—¡Eh...! —dije con voz apagada.

—¿Qué ocurre? —me preguntó papá—. ¿Se ha roto?

—¡La sonrisa! —exclamé—. ¡Le ha desaparecido la sonrisa!
¡Parece asustado o algo así!

Papá bajó corriendo las escaleras y se acercó rápidamente. Alce y el señor McCall se unieron a él.

También Mindy se aproximó lentamente y con el ceño fruncido porque no acababa de creérselo. Seguramente pensaba que le estaba gastando otra broma.

—¿Lo veis? —dije cuando todos estuvieron a mi lado—. ¡Es increíble!

—¡Ja, ja! ¡Muy buena, Joe! —saltó Alce. Me dio una palmadita en el hombro—. Muy gracioso.

—¿Eh? —bajé la mirada hacia la pequeña estatua.

Los labios de Feliz esbozaban una sonrisa, la misma sonrisa tonta de siempre. La expresión de horror había desaparecido de su rostro.

Papá soltó una sonora carcajada.

—Eres un artista, Joe —afirmó—. Nos has engañado a todos.

—Tu hijo debería dedicarse a la interpretación —intervino el señor McCall, rascándose la cabeza.

—Yo no me lo he creído —presumió Mindy—. Ha sido un chiste malo, muy malo.

¿Qué había ocurrido? ¿Me había jugado una mala pasada mi imaginación?

El señor McCall se volvió hacia *Buster*.

—Escucha, Jeffrey —empezó a decir—, lo de ese perro va en serio. Si vuelve a entrar en mi jardín...

—Si *Buster* se mete en tu terreno, te prometo que lo ataré —respondió papá.

—Pero, papá —le dije—. Ya sabes que *Buster* odia estar atado. ¡No lo soporta!

—Lo siento, muchachos —contestó al tiempo que daba media vuelta para entrar en casa—. Ya está decidido. A *Buster* sólo le queda una oportunidad.

Me incliné para acariciar la cabeza de nuestro perro.

—Sólo otra oportunidad, perrito —le susurré al oído—. ¿Lo has oído? Sólo tendrás otra oportunidad.

A la mañana siguiente me levanté y entrecerré los ojos para ver la hora en el radiodespertador de mi mesita de noche: las ocho de la mañana del martes. El segundo día de las vacaciones de verano. ¡Perfecto!

Me puse rápidamente el jersey blanco y lila de los Vikings y unos pantalones de deporte y bajé corriendo las escaleras. Era la hora de cortar el césped.

Papá y yo habíamos hecho un trato. Si cortaba el césped una vez por semana durante todo el verano, me compraría una bicicleta nueva.

Yo ya sabía exactamente qué modelo quería. Veintiuna marchas y unos buenos neumáticos. La mejor bicicleta de montaña del momento. ¡Con ella volaría por encima de las piedras del camino!

Salí por la puerta delantera y alcé la mirada hacia el cálido sol matinal. Era una mañana estupenda. El césped, todavía cubierto de rocío, brillaba.

—¡Joe! —Un bramido terrible resonó en mis oídos. El bramido del señor McCall—. ¡Ven aquí!

Se encontraba junto a su huerto y estaba tan enfurecido que se le había hinchado una vena roja en la frente.

«Oh, no —pensé mientras me acercaba a él—, ¿qué habrá pasado?»

—Ya me he hartado —rugió—. ¡Si no atáis a ese perro, voy a llamar a la policía! ¡Esta vez va en serio!

El señor McCall señaló la tierra. Uno de sus nuevos melones yacía en el suelo despedazado y había pepitas por todas partes. Además, casi toda la pulpa naranja había desaparecido a mordiscos.

Abrí la boca para dar una explicación pero no conseguí articular palabra. No sabía qué decir. Por suerte para mí, papá apareció justo a tiempo. Salía a trabajar.

—¿Mi hijo te está dando consejos de jardinería, Bill? —bromeó.

—¡Hoy no estoy para bromas! —le respondió el señor McCall. Recogió los restos del melón y se los puso a mi padre en las narices—. ¡Mira lo que ha hecho tu perro salvaje! ¡Ahora sólo me quedan cuatro melones!

Papá se volvió hacia mí con una expresión severa.

—¡Te lo advertí, Joe! ¡Te dije que no dejaras que el perro saliera de nuestro jardín!

—Pero *Buster* no ha sido —protesté—. ¡Si no le gustan los melones!

Buster se escondió detrás de los flamencos. Tenía las orejas gachas y el rabo entre las patas. La verdad es que parecía ser el culpable del desastre.

—Pues ya me explicarás quién ha sido —respondió el señor McCall.

Papá meneó la cabeza.

—Joe, ata a *Buster* en la parte de atrás. ¡Ahora mismo!

No me quedaba otra elección. No podía oponerme.

—De acuerdo, papá —mascullé. Me acerqué a *Buster* arrastrando los pies, lo cogí por el collar, tiré de él hasta un extremo del jardín y lo senté cerca de su caseta de cedro roja.

—¡Quieto! —le ordené.

Busqué por el garaje hasta encontrar un trozo de cuerda largo y até a *Buster* al roble que había al lado de su caseta. *Buster* lanzó un gáñido. No soporta que lo aten.

—Lo siento, perrito —susurré—. Ya sé que no te comiste el melón.

Buster irguió las orejas cuando papá se acercó para cerciorarse de que lo había atado.

—Mejor que *Buster* esté atado todo el día —dijo—. Los pintores van a empezar a trabajar esta tarde y los molestaría.

—¿Los pintores? —pregunté sorprendido. Nadie me había dicho que iban a venir pintores. ¡Odio el olor a pintura!

Papá asintió.

—Van a pintar la parte amarilla que se ha descolorido —dijo señalando la casa—. Vamos a pintarla de blanco con un borde negro.

—Papá, lo de *Buster*... —empecé a decir.

Papá levantó una mano para indicarme que me callara.

—Tengo que ir a trabajar. No se te ocurra soltarlo. Ya hablaremos luego.

Lo observé mientras se dirigía al garaje.

«Todo esto es culpa del señor McCall —pensé—. Todo.»

Cuando papá se hubo alejado en coche, golpeé el suelo del garaje con rabia, cogí la segadora y me fui al jardín delantero. Mindy estaba sentada en las escaleras leyendo. Me puse a segar el césped muy enfadado.

—¡Odio al señor McCall! —exclamé. Pasé la máquina alrededor del flamenco. En aquellos momentos, tenía ganas de cortarle sus delgadas patas—. ¡Es un imbécil! ¡Me gustaría destrozarle los cuatro melones que le quedan! —grité—. ¡Me encantaría hacerlo para que así nos dejara en paz!

—Joe, tranquilízate —me rogó Mindy levantando la mirada del libro.

Después de cortar el césped, entré corriendo en casa y cogí una bolsa grande de plástico para los restos de hierba. Cuando volví a salir, Alce estaba tumbado sobre nuestro césped. A su alrededor había diseminado varios aros de plástico de vivos colores.

—¡Muévete! —exclamó. Me lanzó un aro de plástico azul. Solté la bolsa y salté para cogerlo—. ¡Buena recepción! —afirmó poniéndose en pie—. ¿Te apetece jugar a lanzar los aros? Podemos utilizar los gorros puntiagudos de los gnomos.

—¿Qué te parece si lo hacemos con la cabeza puntiaguda de Mindy? —respondí.

—Qué críos que sois —intervino Mindy. Se levantó y se encaminó a la puerta—. Voy a buscar algún sitio tranquilo para leer.

Después de pasarme unos cuantos aros, Alce lanzó uno lila hacia Feliz. El aro se deslizó sin problemas alrededor del gorro del gnomio.

—¡Menudo lanzamiento! —exclamó.

Cogí un aro y di una vuelta como si fuera un lanzador de disco. Lancé dos aros amarillos a Desdentado pero chocaron contra el rostro rechoncho del gnomio y cayeron al césped.

Alce se rió entre dientes.

—Lanzas como Mindy. ¡Mírame a mí! —Se inclinó hacia adelante y arrojó dos aros que quedaron bien colocados alrededor del gorro puntiagudo de Desdentado—. ¡Sí! —gritó antes de enseñar la bola musculosa del brazo—. ¡Super Alce ha vuelto a ganar!

Lanzamos el resto de los aros. Alce me ganó pero sólo por dos puntos: diez a ocho.

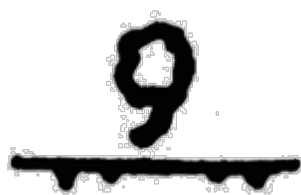
—¡Revancha! —grité—. ¡Juguemos otra vez!

Me acerqué rápidamente a los gnomos y recogí los aros. Al sacar varios aros del gorro de Desdentado le miré la cara.

Y me quedé sin habla.

¿Qué era eso?

Una pepita. Una pepita naranja de poco más de un centímetro de largo entre los gruesos labios del gnomio.



—¿Esto es una pepita de melón? —pregunté con voz temblorosa.

—¿Una qué? —Alce se colocó detrás de mí.

—Una pepita de melón —repetí.

Alce negó con la cabeza. Me dio una buena palmada en el hombro.

—Ves visiones —afirmó—. Venga, vamos a jugar.

Señalé la boca de Desdentado.

—No veo visiones. Ahí. ¡Ahí mismo! ¿No la ves?

Alce siguió mi dedo con la mirada.

—Sí, veo una pepita, ¿y qué?

—Es una pepita de melón, Alce, como el que había desparramado por el suelo.

¿Cómo había llegado aquella pepita a los labios de Desdentado?

Tenía que haber una explicación. Una explicación sencilla. Me concentré para pensar pero no se me ocurría nada.

Aparté la pepita y vi cómo revoloteaba hasta caer en la hierba. Acto seguido, observé el rostro sonriente del gnomo, sus ojos fríos y sin vida.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

«¿Cómo había llegado la pepita hasta allí? —me pregunté—, ¿cómo?»

Aquella noche soñé con melones. Soñé que un melón tipo andrehuela crecía en el jardín delantero. Crecía, crecía y crecía

hasta ser más grande que nuestra casa.

Algo me hizo despertar de aquel sueño y busqué el despertador a tientas. La una de la madrugada.

Entonces oí un aullido. Un aullido penetrante y lúgubre en el exterior.

Salí de la cama de un salto y me abalancé hacia la ventana. Observé el jardín sombrío. Los adornos estaban en su sitio. Volví a oír el aullido, más fuerte y más largo. Era *Buster*, pobrecito, atado en el patio trasero.

Salí sigilosamente del dormitorio y me dirigí al oscuro vestíbulo. La casa estaba en silencio. Empecé a bajar las escaleras enmoquetadas. Uno de los escalones crujió a mi paso y di un brinco, asustado. Un instante más tarde volví a oír otro crujido.

Me temblaban las piernas.

«Tranquilo, Joe —me dije—, sólo son los escalones.»

Recorrí de puntillas la sala de estar y entré en la cocina. Oí un débil susurro a mis espaldas. El corazón me empezó a latir a toda velocidad.

Me volví y no vi nada.

«Imaginaciones», pensé. Seguí avanzando en la oscuridad y así el pomo de la puerta. ¡Y entonces dos manos fuertes me agarraron por detrás!

10

—¿Se puede saber adonde vas?

¡Mindy!

Exhalé un suspiro de alivio y me desembaracé de sus manos.

—Voy a tomar un tentempié —le susurré mientras me frotaba el cuello—. Voy a comerme el resto de los dichosos melones del señor McCall. —Simulé llenarme la boca y masticar—. ¡Um! ¡Andrehuelas, quiero más andrehuelas!

—¡Joe! ¡Ni se te ocurra! —dijo alarmada en voz baja.

—Eh, es broma —contesté—. *Buster* está aullando como un loco. Voy a salir para calmarlo un poco.

Mindy bostezó.

—Si papá y mamá te pillan fuera a estas horas...

—Sólo tardaré unos minutos.

Salí al exterior. El aire húmedo de la noche hizo que un escalofrío me recorriera la columna. Levanté la mirada hacia el cielo sin estrellas.

Los aullidos lastimeros de *Buster* procedían de la parte posterior.

—Ya voy —dije en voz baja pero audible—. Tranquilo, perrito.

Los aullidos de *Buster* se convirtieron en ligeros gruñidos.

Di un paso adelante y entonces oí un crujido en la hierba. Me quedé petrificado y entrecerré los ojos para intentar ver en la oscuridad. Dos pequeñas siluetas correteaban al lado de la casa. Cruzaron el jardín y desaparecieron en la oscuridad.

Seguramente se trataba de unos mapaches.

¿Mapaches?

¡Ésa era la respuesta! Los mapaches se habían comido el melón del señor McCall. Quería despertar a papá y explicárselo, pero decidí esperar a que se hiciera de día.

Me sentía mucho mejor porque eso significaba que podíamos soltar a *Buster*. Me acerqué a él y me senté a su lado en la hierba cubierta de rocío.

—*Buster* —susurré—. Estoy aquí. —Bajó entristecido sus grandes ojos marrones. Le rodeé el peludo cuello con los brazos—. No estarás atado durante mucho tiempo —le prometí—. Ya lo verás. Mañana a primera hora le contaré a papá lo de los mapaches.— *Buster* me lamió la mano para demostrarme su gratitud—. Y mañana te llevaré a dar un largo paseo. ¿Qué te parece, perrito? Ahora, a dormir.

Entré en casa sin hacer ruido y me metí en la cama. Me sentía satisfecho porque había solucionado el misterio del melón. Pensé que nuestros problemas con el señor McCall habían terminado.

Pero estaba equivocado porque nuestros problemas no habían hecho más que empezar.

—¡No me lo puedo creer! ¡No me lo puedo creer! —Los gritos del señor McCall cortaron el plácido aire matutino y me despertaron de un profundo sueño.

Me froté los ojos y consulté el radiodespertador. Las seis y media de la mañana. ¿Qué eran todos estos gritos?

Salí de la cama de un salto y me precipité escaleras abajo sin dejar de bostezar y de desperezarme. Mis padres y Mindy estaban en la puerta delantera con el pijama todavía puesto.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—¡Es Bill! —exclamó papá—. ¡Vamos!

Nos apiñamos fuera y contemplamos el jardín de nuestro vecino.

El señor McCall estaba en el huerto ataviado con una andrajosa bata azul y blanca a cuadros. Trataba de coger sus melones desesperadamente sin dejar de gritar.

Alce y su madre, también con la bata puesta, se encontraban detrás del señor McCall en silencio y con los ojos abiertos como platos. En vez de sonreír como era habitual en ella, la madre de

Alce tenía una expresión ceñuda.

El señor McCall levantó la cabeza del huerto.

—¡Destrozados! —vociferó—. ¡Están totalmente destrozados!

—¡Oh, cielos! —murmuró papá—. Será mejor que nos acerquemos, Marion. —Se encaminó en su dirección y todos nosotros le seguimos—. Tranquilízate, Bill —dijo mi padre con calma al poner un pie en el huerto de los McCall—. No vale la pena que te pongas así por esto.

—¿Que me tranquilice? ¿Que me tranquilice? —gritó el señor McCall; ya se le había hinchado la vena de la frente.

«Los mapaches —pensé—. Han vuelto a mordisquear los melones. Tengo que decírselo a papá. Ahora mismo, antes de que culpen a *Buster* de esto.»

El señor McCall acunaba las cuatro andrehuelas, que seguían unidas a la planta, en sus brazos.

—He salido a regar los melones y me he encontrado con este... este... —Estaba demasiado enfadado como para proseguir. Nos enseñó los melones.

—¡Anda! —exclamé sorprendido.

Ningún mapache podía haber hecho aquello.

Era imposible. ¡Alguien había dibujado unas grandes sonrisas en cada melón con un rotulador negro!

Mi hermana me apartó para verlos bien.

—¡Joe! —gritó—. Es horrible. ¿Cómo has podido hacer una cosa así?



—¿De qué estás hablando? —preguntó el señor McCall.

—Sí, Mindy, ¿de qué estás hablando? —inquirió mamá.

—Esta noche pasada he pillado a Joe saliendo de casa —respondió Mindy—. En plena noche. Me ha dicho que quería destrozar el resto de los melones.

Todos se volvieron para mirarme horrorizados, incluso Alce, mi mejor amigo. Al señor McCall se le volvió a poner la cara roja como un tomate. Vi cómo apretaba y soltaba los puños una y otra vez.

Todos me observaban en un silencio absoluto, los rostros sonrientes de los melones también.

—Pero... pero... pero —farfullé.

Antes de que pudiera explicarme, papá montó en cólera.

—Joe, creo que merecemos una explicación. ¿Qué estabas haciendo fuera de casa por la noche?

Noté que enrojecía de ira.

—Salí a tranquilizar a *Buster* —insistí—. Estaba aullando. Yo no he tocado los melones. Nunca haría una cosa así. Lo de que iba a destrozarlos era una broma.

—¡Pues esto no es ninguna broma! —exclamó papá enfadado—. ¡No te dejaré salir en una semana!

—Pero, papá... —le supliqué—. ¡Yo no he dibujado esas sonrisas!

—¡Que sean dos semanas! —me respondió—. Y creo que deberías cortar el césped y regar el jardín del señor McCall durante todo el verano, a modo de disculpa.

—Jeffrey —intervino el señor McCall—, no quiero que tu hijo, ni tu perro, vuelvan a entrar en mi jardín. Nunca. —Frotó los melones con sus dedos gruesos para borrar las manchas negras—. Espero que esto se vaya —murmuró—, porque, si no, Jeffrey, te voy a demandar. Créeme, lo haré.

Dos horas después del desastre de los melones, me senté de cualquier manera en el suelo de mi habitación. Me habían castigado. No tenía nada que hacer.

No podía jugar con *Buster* en el jardín porque los pintores estaban fuera. Así que me quedé en mi dormitorio y volví a leerme todos los cómics de *Super Gamma Man*.

Encargué un moco de goma del catálogo de *Joker's Wild* que costaba cinco dólares, casi toda mi paga semanal. Luego entré en la habitación de Mindy sin que se enterara y le desordené toda la ropa del armario. Se acabó el orden según los colores del arco iris.

Cuando acabé ni siquiera eran las doce del mediodía. «Qué día tan aburrido», pensé mientras vagaba por la planta baja.

—Pásame el amarillo, por favor —oí decir a Mindy desde el estudio.

Me acerqué sigilosamente a la puerta y miré al interior. Mi hermana y su mejor amiga, Heidi, estaban sentadas en el suelo con las piernas cruzadas decorando camisetas con pintura para telas.

Heidi es casi tan tiquismiquis como Mindy. Siempre le molesta algo: o tiene frío o tiene calor, o le duele el estómago o le aprietan los cordones de los zapatos.

Observé en silencio el trabajo de las dos. Heidi estaba pintando un collar plateado a un gran gato violeta. Mindy estaba muy concentrada dibujando una flor amarilla enorme.

Entré en el estudio de un salto.

—¡Uuuh! —grité.

—¡Ahh! —Heidi chilló.

Mindy se puso en pie tan rápidamente que se manchó los pantalones cortos de pintura amarilla.

—¡Imbécil! —gritó—. ¡Mira lo que me has hecho hacer! —Palpó la pintura con los dedos—. ¡Lárgate, Joe! —ordenó—. Estamos

ocupadas.

—Pues yo no —repliqué—. Gracias a ti, Chivata.

—Tú tuviste la genial idea de pintar los melones —replicó gruñendo—, no yo.

—¡Yo no fui! —insistí.

Mindy contó las pruebas con los dedos de la mano.

—Estabas levantado a altas horas de la noche, saliste al jardín y me dijiste que querías destrozar el resto de melones.

—¡Era una broma! —exclamé—. ¿No sabes lo que es una broma? Alguna vez deberías intentar gastar una.

Heidi estiró los brazos.

—Tengo calor —dijo—. ¿Por qué no vamos a la piscina? Ya acabaremos las camisetas más tarde.

Mindy clavó su mirada en mí.

—Joe, ¿quieres venir con nosotras? —preguntó con dulzura—. Vaya, se me había olvidado. Estás castigado. —Entonces se echó a reír.

Me di la vuelta y las dejé en el estudio. «Tengo que salir de esta casa», pensé.

Me dirigí a la cocina. Mamá y uno de los pintores estaban de pie junto al mármol, examinando unas muestras de pintura.

—Para el borde queremos el negro ónix, no el negro carbón —informó mientras daba golpecitos a las muestras—. Me parece que os habéis equivocado de pintura.

Le tiré de la manga.

—Mamá. *Buster* está muy aburrido. ¿Me dejas que lo saque a dar un paseo?

—Ni hablar —respondió rápidamente—. Estás castigado.

—Por favor —le supliqué—. *Buster* tiene que salir a pasear, y a mí el olor a pintura me marea. —Me puse las manos en la barriga y fingí tener náuseas.

El pintor no dejaba de mover los pies con impaciencia.

—Bueno, bueno —dijo mamá—. Saca al perro.

—¡Estupendo! Gracias, mamá. —Salí disparado de la cocina y me dirigí al patio trasero—. Buenas noticias, *Buster*. ¡Somos libres!

Buster meneó la cola. Desaté la larga cuerda y le enganché una correa corta al collar. Anduvimos unos tres kilómetros hasta el

estanque de Buttermilk, nuestro lugar preferido para lanzar y recoger palos.

Lancé un palo grueso al agua. *Buster* se zambulló en el frío estanque, lo fue a buscar y me lo trajo. Estuvimos haciendo lo mismo hasta las tres en punto, hora de volver a casa.

En el camino de vuelta nos detuvimos en La Vaca Cremosa, la mejor heladería del pueblo. Allí me gasté lo que me quedaba de paga en dos cucuruchos dobles de chocolate con trocitos de galleta. A *Buster* le gustaron los trocitos de galleta pero dejó todo el chocolate en el suelo.

Una vez terminados los helados, proseguimos nuestro camino. *Buster* tiraba de la correa emocionado cuando llegamos a la entrada. Parecía muy contento de estar de vuelta.

Me arrastró al jardín delantero y empezó a olisquearlo todo. Los arbustos de hoja perenne, los flamencos, la cierva, los gnomos.

Los gnomos.

¿Tenían los gnomos algo distinto?

Solté la correa de *Buster* y me incliné para observarlos más de cerca.

Examiné sus pequeñas y gruesas manos. ¿Qué eran aquellas manchas oscuras en las yemas de los dedos? ¿Suciedad?

Froté sus dedos regordetes, pero las manchas no se fueron.

No. No era suciedad.

Me acerqué todavía más. Tinta. Tinta negra.

12

Tinta negra. ¡La misma de las caras sonrientes de los melones del señor McCall!

Tragué saliva. «¿Qué está pasando aquí?», me pregunté. ¿Cómo es que los gnomos tenían tinta en las manos?

«Tengo que enseñárselo a alguien —decidí—. ¡Mamá! ¡Ella está en casa! Me ayudará a aclarar todo esto.»

Cuando llegué a la puerta delantera oí unos arañazos procedentes del jardín del señor McCall.

—¡Buster! ¡No! —grité.

Buster rodeó el huerto de nuestro vecino con la correa colgando detrás de él. Rápidamente, introduje la mano por debajo de la camiseta y saqué el silbato para perros. Soplé con fuerza.

Buster volvió trotando inmediatamente.

—¡Perro bueno! —exclamé aliviado. Blandí un dedo delante de sus narices intentando parecer severo—. ¡*Buster*, si quieres estar suelto, no te acerques a ese jardín! —El perro me lamió el dedo con su lengua larga y húmeda. Acto seguido, se giró para lamer a los gnomos y vi que los llenaba de babas—. ¡Oh, no! —exclamé—. ¡Otra vez no!

Feliz y Desdentado tenían la boca abierta con la misma expresión de terror que había visto anteriormente. Como si intentaran gritar.

Cerré los ojos con fuerza y luego abrí uno poco a poco. La misma expresión de terror seguía dibujada en sus rostros.

¿Qué ocurría? ¿A los gnomos les daba miedo *Buster*? ¿Me estaba

volviendo loco?

Las manos me temblaban cuando, sin pensarlo dos veces, até al perro a un árbol. A continuación, entré corriendo en casa para buscar a mamá.

—¡Mamá! ¡Mamá! —dije jadeando. La encontré arriba, en su estudio—. ¡Tienes que salir! ¡Ahora mismo!

Mamá levantó la mirada del ordenador y se volvió.

—¿Qué ocurre?

—¡Los gnomos! —exclamé—. Tienen tinta negra en las manos. Y ya no sonríen. Sal. ¡Ya lo verás!

—Joe, si se trata de otra broma... —dijo mamá mientras apartaba la silla de la mesa.

—Por favor, mamá. Sólo será un momento. No es una broma. ¡De verdad! —Bajó las escaleras delante de mí. Observó a los gnomos desde la puerta delantera—. ¿Lo ves? —pregunté mientras permanecía de pie detrás de ella—. ¡Ya te lo he dicho! ¡Mírales la cara! ¡Parece que están gritando!

Mamá entrecerró los ojos.

—Joe, basta ya. ¿Por qué me has hecho levantar de la silla? Tienen la misma sonrisa tonta de siempre.

—¿Qué? —pregunté con voz entrecortada. Corrí al exterior y miré a los gnomos.

Me devolvieron la mirada, sonriendo.

—Joe, ya va siendo hora de que dejes de gastar bromas sobre los gnomos —dijo mamá tajantemente—. No tienen gracia. Ninguna gracia.

—¡Pero mira, tienen los dedos manchados de tinta!

—¡Eso es suciedad! —dijo perdiendo la paciencia—. Por favor, ponte a leer un libro u ordénate la habitación. Busca algo que hacer. ¡Me estás volviendo loca!

Me senté en la hierba, solo, a reflexionar. Recordé la pepita de melón en los labios de uno de los gnomos. Recordé la primera vez que sus bocas habían dibujado una mueca de terror: la primera vez que *Buster* los había lamido. Recordé que tenían los dedos sucios de tinta.

Todo ello tenía sentido. Llegué a la conclusión de que los gnomos estaban vivos y de que estaban cometiendo un montón de

travesuras en el jardín del señor McCall.

¿Los gnomos? ¿Cometiendo travesuras? ¡Debo de estar como una cabra!

De repente, me sentí fatal. Todo eso era absurdo.

Me levanté para entrar en casa y oí unos murmullos. Unos murmullos roncós, a mis pies.

—No tiene gracia, Joe —susurró Feliz.

—No tiene ninguna gracia —dijo Desdentado con voz áspera.

13

«¿Debía contar a mis padres lo que había oído?», me preguntaba mientras cenábamos.

—¿Qué tal os ha ido el día? —preguntó papá con alegría. Se sirvió unos cuantos guisantes en el plato.

«Nunca me creerán.»

—Heidi y yo hemos ido en bicicleta a la piscina —respondió Mindy. Dispuso en forma de cuadro un montoncito de estofado de atún en su plato y luego apartó un guisante con un movimiento rápido—. Pero a Heidi le ha cogido un calambre en la pierna, así que prácticamente sólo hemos tomado el sol.

«Tengo que contárselo.»

—Esta tarde he oído algo muy extraño —intervine—. Muy, muy extraño.

—¡Me has interrumpido! —protestó Mindy con dureza. Se limpió la boca cuidadosamente con la servilleta.

—Pero es importante —exclamé y empecé a retorcer la servilleta presa del nerviosismo—. Estaba en el patio delantero, solo, y he oído susurros. —Bajé la voz y hablé con un tono agrio—. Las voces han dicho: «No tiene gracia, Joe. No tiene gracia.» No sé quién ha sido. No había nadie. Yo... eh... creo que han sido los gnomos.

Con un golpe seco, mamá dejó el vaso de limonada encima de la mesa.

—¡Basta ya de bromas sobre enanos! —exigió—. No le hacen gracia a nadie, Joe.

—¡Pero es verdad! —insistí, formando una bola con la servilleta

hecha trizas—. ¡He oído las voces!

Mindy soltó una risa sarcástica.

—Esto se te da fatal —afirmó—. Papá, por favor, pásame el pan.

—Claro, hija —respondió papá pasándole la bandeja de madera con los panecillos.

Y así acabó la conversación.

Después de cenar, papá sugirió que fuéramos a regar las tomateras.

—De acuerdo —respondí encogiéndome de hombros. Cualquier cosa con tal de salir de casa—. ¿Quieres que traiga el insecticida? —pregunté en cuanto pusimos un pie fuera.

—¡No! ¡No! —contestó, con voz entrecortada, y se quedó pálido.

—¿Qué sucede, papá? ¿Qué ocurre?

Señaló las tomateras sin articular palabra.

—Ohhh —gemí—. ¡Oh, no!

Nuestros preciosos tomates rojos estaban chafados, despedazados y triturados. Había simientes y pulpa roja por todas partes.

Papá contemplaba la escena boquiabierto, con los puños cerrados.

—¿Quién ha podido hacer una cosa así? —dijo suspirando.

El corazón me empezó a palpar, me latía a cien por hora.

Yo sabía la verdad y ahora todos tendrían que creerme.

—¡Han sido los gnomos, papá! —Lo agarré por la manga de la camisa y empecé a tirar de él hacia el jardín—. Ya lo verás. Te lo demostraré.

—Joe, suéltame. No es momento para bromas. ¿No te das cuenta de que no podemos presentarnos al concurso de jardinería? ¡Hemos perdido nuestra oportunidad de ganar el lazo azul! ¡O cualquier otro lazo!

—Tienes que creerme, papá. Ven. —Seguí tirando de la manga y no tenía intención de soltarlo.

Mientras lo arrastraba al fondo del jardín me preguntaba qué íbamos a encontrar.

¿Sus feas caras manchadas de zumo de tomate? ¿La pulpa

aplastada entre sus gruesos dedos? ¿Cientos de simientes entre sus pequeños pies?

Nos acercamos a los enanos.

Entrecerré los ojos para mirar a aquellas horribles criaturas. Finalmente, nos colocamos justo delante de ellas.

Y apenas creí lo que vieron mis ojos.

14

Nada.

No había jugo, ni pulpa. Ni una sola simiente. Ni una.

Examiné escrupulosamente sus cuerpos, desde sus feas y sonrientes caras a sus pies rechonchos y horripilantes.

No había ni rastro. Nada.

¿Cómo podía haberme equivocado? Tenía el estómago revuelto cuando me volví hacia papá.

—Papá... —empecé a decir con voz temblorosa.

Papá me cortó moviendo la mano con brusquedad.

—Aquí no hay nada que ver, Joe —murmuró—. No quiero oír ni una palabra más sobre los gnomos, ¿entendido? ¡Ni una más! —Sus ojos castaños lanzaban destellos de ira—. ¡Ya sé quién ha hecho este destrozo! —dijo con amargura—. ¡Y esto no va a quedar así!

Se volvió rápidamente y se dirigió al patio trasero. Cogió un puñado de tomates triturados. El jugo se le escurría entre los dedos mientras rodeaba la casa y se acercaba temerariamente a la del vecino.

Vi que papá subía los escalones que conducían a la puerta de los McCall y que presionaba el timbre con todas sus fuerzas. Empezó a rugir antes de que abrieran.

—¡Bill! ¡Sal inmediatamente!

Me escondí detrás de papá. Nunca lo había visto tan enfadado.

Oí el sonido de la puerta al abrirse y entonces apareció el señor McCall vestido con un chándal blanco. Llevaba una chuleta de cerdo a medio comer en una mano.

—Jeffrey, ¿por qué gritas de esta manera? Con este ruido no puedo comer a gusto —rió entre dientes nuestro vecino.

—¡Pues cómete esto! —gritó papá. Entonces levantó la mano y le tiró el tomate triturado, el cual fue a parar de lleno a la sudadera blanca del señor McCall y se fue escurriendo hasta sus pantalones. Las zapatillas de deporte blancas que llevaba tampoco se quedaron sin su ración de tomate.

El señor McCall se miró la ropa sin dar crédito a sus ojos.

—¿Te has vuelto loco? —vociferó.

—¡Yo no, pero tú sí! —gritó mi padre—. ¿Cómo te has atrevido a hacer una cosa así? ¡Por un estúpido lazo azul!

—¿De qué estás hablando? —preguntó el señor McCall.

—Oh, ya veo. Ahora vas a hacerte el inocente. Ahora finges que no sabes nada. Pues esto no va a quedar así.

El señor McCall bajó las escaleras airado y se plantó a dos dedos de mi padre. Infló su ancho torso y se dirigió a mi padre en tono amenazador.

—¡Yo no he tocado tus dichosos tomates! —rugió—. ¡Imbécil! ¡Seguro que el año pasado compraste los tomates que ganaron el lazo azul!

Papá acercó uno de sus puños al rostro enfurecido del señor McCall.

—¡Mis tomates eran los mejores del concurso! ¡Los tuyos parecían pasas al lado de los míos! ¿Y dónde se ha visto que cultiven andrehuelas en Minnesota? ¡Vas a ser el hazmerreír del concurso de jardinería!

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Me di cuenta de que iban a empezar a pelearse a puñetazo limpio, y nuestro vecino iba a machacar a mi padre.

—¿El hazmerreír? —preguntó refunfuñando—. Tú sí que me haces reír. Tú y tus tomates ácidos. ¡Y esos ridículos adornos para el jardín! Y ahora lárgate antes de que pierda los estribos.

El señor McCall subió las escaleras con paso firme. Al llegar a la puerta, se volvió y dijo:

—¡No quiero que mi hijo vaya con Joe nunca más! ¡Probablemente, tu hijo destrozó los tomates, igual que hizo con mis melones!

Desapareció en el interior de la casa y dio un portazo tan fuerte que el porche tembló.

Aquella noche fui incapaz de conciliar el sueño y no paraba de dar vueltas en la cama.

Caras pintadas en melones. Tomates triturados. Gnomos que susurraban. No era capaz de pensar en otra cosa.

Ya eran más de las doce pero no podía dormir. Con los ojos cerrados se me aparecían los enanos con sus sonrisas insolentes. Aquellos rostros sonrientes. Riendo, burlándose de mí.

De repente me sentí acalorado, como si tuviera fiebre. Aparté la fina sábana que me cubría las piernas pero seguía teniendo calor.

Salí de la cama de un brinco y me acerqué a la ventana. La abrí de par en par y entró una ráfaga de aire cálido y húmedo.

Apoyé los brazos en el alféizar y me puse a contemplar la oscuridad. Era una noche brumosa. Una niebla espesa cubría el jardín delantero. A pesar del calor, un escalofrío me recorrió la espalda. Nunca lo había visto con tanta bruma.

La niebla se apartó durante unos momentos. Poco a poco, fue apareciendo el ángel, luego la foca y las mofetas. Un destello rosa: los flamencos.

Y ahí estaba la cierva.

Sola.

Completamente sola. Los gnomos habían desaparecido.

15

—¡Mamá! ¡Papá! —grité corriendo hacia su dormitorio—. ¡Despertaos! ¡Despertaos! ¡Los gnomos han desaparecido!

Mamá se incorporó rápidamente.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

Papá no se movió.

—¡Son los gnomos! —exclamé sacudiendo a papá por el hombro—. ¡Despierta!

Mi padre abrió un ojo y me miró fijamente.

—¿Qué hora es? —masculló.

—¡Levántate, papá! —le supliqué.

Mamá habló con voz quejumbrosa mientras encendía la luz de la mesilla de noche.

—Joe. Es muy tarde. ¿Por qué nos despiertas?

—¡Han... han desaparecido! —tartamudeé—. Ya no están. No es una broma, de verdad.

Mis padres intercambiaron sus miradas y luego me miraron.

—¡Ya basta! —exclamó mamá—. ¡Estamos hartos de tus bromas! ¡Y es muy tarde! ¡Vete a la cama!

—¡Inmediatamente! —añadió papá con voz severa—. Ya nos hemos cansado de tanta tontería. Vamos a hablar en serio de todo este asunto, mañana por la mañana.

—Pero... pero... pero... —tartamudeé.

—¡A la cama! —gritó papá.

Salí del dormitorio despacio y tropecé con una zapatilla.

Tendría que haberme dado cuenta de que no iban a creermme,

pero alguien debía creerme, alguien.

Fui corriendo a la habitación de Mindy. Al acercarme a su cama oí los silbidos que suele emitir cuando duerme de espaldas. Estaba profundamente dormida.

La observé un momento. ¿Debía despertarla? ¿Iba a creerme?

Le di una palmadita en la mejilla.

—Mindy. Despierta —le susurré.

Nada.

Volví a pronunciar su nombre un poco más alto y entonces parpadeó.

—¿Joe? —preguntó adormecida.

—Levántate. ¡Rápido! —le susurré—. ¡Tienes que ver algo!

—¿Qué tengo que ver? —preguntó con voz quejumbrosa.

—Los gnomos. Los gnomos han desaparecido —afirmé—. ¡Me parece que se han escapado! Por favor, levántate. Por favor.

—¿Los gnomos? —susurró.

—Vamos, Mindy, levanta —le supliqué—. ¡Es urgente!

Mindy abrió unos ojos como platos.

—¿Urgente? ¿Qué? ¿Qué urgencia?

—Son los gnomos. Han desaparecido de verdad. Tienes que salir conmigo afuera.

—¿Esa es la urgencia? —dijo a voz en grito—. ¿Estás loco? Yo no voy a ningún sitio. Has perdido la chaveta, Joe, de verdad.

—Pero, Mindy...

—Déjame en paz. Déjame dormir.

Entonces cerró los ojos y se tapó la cabeza con la sábana.

Me quedé de pie y en silencio en la oscuridad de su dormitorio.

Nadie iba a creerme. Nadie iba a salir conmigo. ¿Qué debía hacer? ¿Qué?

Me imaginé a los gnomos destrozando todas las plantas del jardín. Arrancando las patatas y aplastando las calabazas. Y, de postre, mordisqueando el resto de melones del señor McCall.

Sabía que tenía que hacer algo. Rápidamente.

Dejé el dormitorio de mi hermana y bajé las escaleras de dos en dos. Abrí la puerta delantera de un empujón, salí a toda velocidad y

me interné en la tenebrosa bruma.

El espeso manto de niebla me rodeó por completo. Estaba tan oscuro que apenas veía. Me sentía como en el interior de un sueño confuso. Una pesadilla en tonos negros y grises. Envuelto en las sombras, sólo sombras.

Avancé despacio, andando como si estuviera bajo el agua. Notaba la hierba húmeda en contacto con mis pies desnudos, pero ni siquiera me los veía a través de la densa capa de niebla.

Igual que en un sueño. Como en un sueño oscuro y opresivo, rodeado de sombras en movimiento. En silencio, en un silencio fantasmagórico.

Me introduje todavía más en la bruma. Había perdido por completo el sentido de la orientación. ¿Me dirigía a la calle?

—¡Ooh! —exclamé cuando algo me agarró por el tobillo.

Meneé la pierna preso de la desesperación. Intenté liberarme pero no sólo no lo conseguí sino que tiró de mí y me hizo caer.

Me sumergí en aquel torbellino de oscuridad.

Una serpiente. No, una serpiente no. La manguera del jardín. La manguera del jardín que había olvidado enrollar después de regar las plantas.

«Tranquilo, Joe —me dije—, tienes que calmarte.»

Me levanté y seguí avanzando. Entrecerré los ojos para ver si distinguía dónde estaba. Las sombras parecían intentar alcanzarme, inclinarse hacia mí.

Quería dar la vuelta, regresar a casa y meterme otra vez en mi cama seca y confortable.

Sí, decidí que eso era lo que debía hacer.

Me giré despacio y oí algo que se arrastraba. El sonido de unas pisadas cerca de mí.

Agucé el oído y volví a oír lo mismo: unos pasos tan ligeros como la niebla.

La respiración se me aceleró y el corazón me latía a cien por hora. Tenía los pies empapados. La humedad me subía por las piernas. Estaba tiritando.

Oí una risa aguda. ¿Un gnomo?

Intenté volverme para distinguirlo en la oscuridad reinante. Pero me agarró por detrás, con fuerza, por la cintura.

Y con una risa malvada y cortante me tiró al suelo.

16

Al caer en la tierra húmeda volví a oír aquella risa malvada y la reconocí.

—¿Alce?

—¡Te he dado un susto de muerte! —murmuró.

Me ayudó a levantarme. Con niebla y todo vi la amplia sonrisa que se dibujaba en su rostro.

—Alce, ¿qué estás haciendo aquí? —conseguí preguntar.

—No podía dormir. Oía ruidos extraños. Me he puesto a mirar por la ventana y te he visto. Bueno, ¿qué estás haciendo, Joe? ¿Metiéndote en más líos?

Me sacudí las briznas de hierba que tenía en las manos.

—Yo no me he metido en ningún lío —afirmé—. Tienes que creerme. Mira, los dos gnomos del jardín han desaparecido.

Señalé la cierva. Alce vio que los gnomos no se encontraban en su lugar habitual.

Me observó fijamente unos instantes.

—Es un truco, ¿no?

—No, va en serio. Tengo que encontrarlos.

Alce frunció el ceño.

—¿Qué has hecho? ¿Los has escondido? ¿Dónde están? Venga, dímelo.

—No los he escondido —insistí.

—Dímelo —repitió inclinándose hacia mí y poniendo su cara a dos dedos de la mía—. ¡O sufrirás las diez torturas!

Alce me empujó con sus manazas, caí de espaldas y volví a

aterrizar en la hierba húmeda. Me dio un golpe en el estómago y me sujetó las manos contra el suelo.

—¡Cuéntamelo! —insistió—. ¡Dime dónde están! —Entonces se puso a saltar encima de mí.

—¡Quieto! —le dije con voz entrecortada—. ¡Quieto! —Se detuvo porque en ambas casas se encendieron unas luces—. ¡Anda! —susurré—. Ahora sí que nos hemos metido en un buen lío. —Oí que se abría la puerta de mí casa. Pocos segundos después, se abrió la de la suya. Me quedé paralizado—. No te muevas —susurré—. A lo mejor no nos ven.

—¿Quién anda ahí? —preguntó mi padre.

—¿Qué ocurre, Jeffrey? —gritó el señor McCall—. ¿Qué es todo este ruido?

—No lo sé —respondió papá—. Creí que Joe tal vez... —Su voz se apagó.

«Estamos salvados —pensé—. La niebla nos esconde.»

Entonces oí un débil clic. El largo y delgado haz de luz de una linterna recorrió el jardín y se detuvo sobre nosotros.

—¡Joe! —exclamó papá—. ¿Qué estás haciendo aquí afuera? ¿Por qué no has contestado?

—¡Alce! —exclamó el señor McCall con voz grave y enfadada—. ¡Entra en casa! ¡Rápido!

Alce se dirigió corriendo a su casa. Yo me levanté de la hierba por segunda vez aquella noche y entré en casa lentamente.

Papá se cruzó de brazos.

—¡Hoy nos has despertado dos veces! ¡Y encima estás en el jardín otra vez! ¿Se puede saber qué te pasa?

—Escucha, papá, he salido porque los enanos han desaparecido. Compruébalo —le supliqué—. ¡Ya lo verás!

Mi padre me miró furioso con los ojos entrecerrados.

—¡Estas historias de gnomos duran demasiado! —me regañó—. ¡Estoy harto! ¡Ahora sube a tu habitación, antes de que te castigue para todo el verano!

—Papá, te lo suplico. Nunca he hablado tan en serio. Mira, por favor —le rogué—. ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Por favor! Nunca más volveré a pedirte nada —añadí entonces.

Supongo que eso es lo que lo convenció.

—De acuerdo —aceptó con un suspiro de cansancio—. Pero si se trata de otra broma...

Mi padre se acercó a la ventana del salón y miró hacia la niebla que inundaba el exterior.

«Por favor, que no aparezcan los gnomos —recé en silencio—. Por favor, que papá vea que digo la verdad. Por favor...»

17

—¡Joe, tienes razón! —declaró mi padre—. ¡Los gnomos no están!

¡Me creyó! ¡Por fin me creyó! Di un salto y alcé un puño.

—¡Sí! —grité. Papá limpió el vaho del cristal con la manga del pijama y volvió a mirar por la ventana—. ¿Lo ves, papá? ¿Lo ves? —exclamé emocionado—. Te he dicho la verdad. No era una broma.

—Ummm. Lilah tampoco está —dijo con voz queda.

—¿Qué? —pregunté con voz entrecortada notando cómo se me revolvía el estómago—. ¡No! ¡La cierva está ahí! ¡Yo la he visto!

—Espera un momento —murmuró papá—. Ah, ahí está. Estaba oculta por la niebla. ¡Y los gnomos! ¡Sí que están! También los tapaba la niebla. ¿Lo ves?

Miré por la ventana. Dos gorros puntiagudos emergían de la bruma. Los dos gnomos estaban inmóviles en el lugar que les correspondía, junto a la cierva.

—¡Noooooooo! —gemí—. Estoy seguro de que no estaban. No te estoy gastando ninguna broma, papá. ¡En serio!

—La niebla causa fenómenos extraños —afirmó papá—. Una vez iba conduciendo por una zona completamente envuelta de niebla y vi algo raro por el parabrisas. Era brillante y redondo y parecía estar suspendido en el aire. Cielos —pensé—, un ovni. ¡Un platillo volante! ¡No me lo podía creer! —Papá me dio una palmadita en el hombro—. Pues mi ovni resultó ser un globo plateado atado a un parquímetro. Bueno, Joe, con respecto al problema de los gnomos

—papá endureció el semblante—, no quiero oír más historias de éstas. No son más que adornos. Nada más, ¿de acuerdo? Que no se hable más. ¿Prometido?

¿Qué otra cosa podía hacer?

—Prometido —musité.

Acto seguido subí a mi habitación arrastrando los pies.

Menudo día y menuda noche. Mi padre piensa que soy un mentiroso. Nuestros tomates están destrozados, y a Alce ya no le dejan jugar conmigo.

¿Qué más puede salir mal?

A la mañana siguiente me desperté con una sensación extraña en el estómago, como si me hubiera tragado un cubo de cemento.

No hacía más que pensar en gnomos. Esos horribles enanos. Me estaban amargando el verano. ¡Me estaban amargando la vida!

«Olvídate de ellos, Joe —me dije—, olvídalos.»

De todos modos, hoy tenía que ser mejor que ayer. Estaba claro que peor era imposible.

Miré por la ventana de mi dormitorio. Todo rastro de niebla había sido borrado por los brillantes rayos del sol. *Buster* dormía plácidamente en la hierba mientras su cuerda blanca serpenteaba por el jardín.

Eché un vistazo a la casa de los McCall. «Tal vez Alce esté en el jardín ayudando a su padre», pensé.

Saqué la cabeza por la ventana para ver mejor.

—¡Oh, nooo! —gemí—. ¡No!

18

¡Todo el jeep rojo del señor McCall estaba manchado de pintura blanca!

El capó. La baca. Las ventanillas. Todo el jeep estaba manchado. Esto significaba que la situación iba a agravarse, lo sabía.

Me enfundé unos vaqueros y la camiseta del día anterior y salí a toda prisa. Encontré a Alce en el camino de entrada a su casa con la mandíbula apretada, meneando la cabeza mientras observaba el jeep.

—Increíble, ¿verdad? —dijo volviéndose hacia mí—. Cuando mi padre lo ha visto le ha dado un soponcio.

—¿Por qué no lo dejó en el garaje? —pregunté. El señor McCall siempre aparca el vehículo en su garaje de dos plazas.

Alce se encogió de hombros.

—Mamá ha hecho limpieza en el sótano y en el desván. Como llenó el garaje de miles de cajas con cosas para tirar, papá tuvo que dejar el coche aquí. —Dio un golpecito a la baca del vehículo—. La pintura todavía está húmeda. Tócala. —La toqué y efectivamente aún estaba húmeda—. ¡Mi padre está que arde! —afirmó—. Primero ha pensado que había sido tu padre. Ya sabes, por lo de los tomates. Pero mamá le ha dicho que eso era una tontería, así que ha llamado a la policía. ¡Dice que no va a parar hasta que el culpable acabe con sus huesos en la cárcel!

—¿Eso ha dicho? —pregunté. La boca se me secó de repente—. Alce, cuando la policía empieza a investigar van a echarnos las culpas.

—¿A nosotros? ¿Te has vuelto loco? ¿Por qué iban a hacerlo? —preguntó.

—¡Porque anoche los dos estábamos aquí fuera! —afirmé—. Y lo sabe todo el mundo.

Alce parpadeó de miedo.

—Tienes razón. ¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé —respondí entristecido. Anduve arriba y abajo por el camino de entrada de los McCall intentando encontrar una solución. Notaba el asfalto cálido y pegajoso bajo mis pies descalzos.

Pasé a la hierba y vi una hilera de pequeñas manchas blancas de pintura.

—Eh, ¿qué es eso? —exclamé. Seguí el rastro de pintura por la hierba, continué hasta las perneónias y llegué al extremo de mi jardín. Las gotas blancas acababan donde estaban los gnomos, que seguían sonriendo—. ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —grité—. ¡Alce, ven, mira este rastro! ¡Los gnomos han manchado el coche! ¡Y también son los culpables de las demás desgracias que han ocurrido!

—¿Los gnomos del jardín? —farfulló—. Joe, déjalo. Nadie va a creerse eso. ¿Por qué no te lo quitas de la cabeza?

—¡Pues piensa en las pruebas! —le insté—. Las pepitas de melón en los labios del gnomo. Este rastro de pintura blanca. Y también encontré tinta negra en sus dedos, justo después de que tu padre descubriera las sonrisas pintadas en los melones.

—Es extraño —musitó Alce—, muy extraño. Pero los gnomos de jardín no son más que estatuas, Joe. No van por ahí haciendo perrerías.

—¿Y si demostramos que son culpables? —sugerí.

—Pues ya me explicarás cómo te lo vas a montar.

—Pillándoles con las manos en la masa —respondí.

—¿Eh? Esto es una locura, Joe.

—Venga, Alce. Lo haremos esta noche. Saldremos a escondidas y nos ocultaremos a un lado de la casa para observarlos.

Alce meneó la cabeza.

—Imposible —respondió—. Después de lo de anoche no puedo meterme en más líos.

—Y cuando la policía investigue, ¿en qué lío estarás metido?

—De acuerdo, de acuerdo. Lo haré —murmuró—. Pero me

parece que todo esto es un pérdida de tiempo.

—Vamos a pillar a esos gnomos, Alce —afirmé—. Aunque sea lo último que hagamos.

¡Ahhh!

¡El despertador! ¡No sonó! Y ahora ya era casi medianoche y llegaba tarde. Había quedado con Alce a las once y media.

Salí de la cama de un salto, ya vestido, porque no me había quitado ni los vaqueros ni la camiseta. Me calcé las zapatillas y corrí al exterior.

Era una noche sin luna ni estrellas. En el jardín delantero reinaba la oscuridad más absoluta. Todo estaba silencioso, demasiado silencioso.

Miré a mi alrededor para ver si divisaba a Alce pero no había ni rastro de él. Probablemente había vuelto a casa al ver que yo no aparecía.

¿Qué debía hacer? ¿Quedarme fuera yo solo? ¿O volver a la cama?

Oí un crujido entre los arbustos. Solté un grito ahogado.

—Joe, Joe, aquí —susurró Alce. Asomó la cabeza por encima de los arbustos que circundaban mi casa y me hizo señas para que me acercara. Me acerqué a él y me propinó un buen golpe en el brazo—. Pensé que te habías rajado.

—¡Ni hablar! —le respondí en voz muy baja—. ¡Ha sido idea mía!

—Sí, ¡menuda idea! —respondió Alce—. Me parece increíble estar escondido detrás de un arbusto a estas horas de la noche espionando a unos adornos para el jardín.

—Ya sé que parece una locura, pero...

—Sss. ¿Has oído algo? —me interrumpió.

Oí una especie de rozamiento.

Separé con las menos las gruesas y verdes ramas del arbusto. Las agujas me pincharon en los brazos y en las manos, así que los retiré rápidamente. Dos pinchos se me habían clavado en los dedos.

El sonido del rozamiento se oyó más cerca. El corazón me palpitaba con fuerza. El ruido se acercaba más.

Alce y yo nos quedamos sentados intercambiando miradas de terror. Pero yo tenía que mirar, necesitaba ver de dónde procedían aquellos sonidos.

Volví a separar las ramas y miré por entre el revoltijo de hojas. ¡Dos ojos pequeños y brillantes se clavaron en mí!

—¡Cógelo, Alce! ¡Cógelo! —exclamé.

Alce saltó desde detrás del arbusto. Justo a tiempo... de verlo emprender la huida.

—¡Un mapache! ¡No era más que un mapa-che!

Exhalé un profundo suspiro.

—Lo siento.

Permanecimos ahí sentados un rato más. De tanto en tanto, separábamos las ramas para vigilar a los gnomos. Tenía los dos brazos llenos de arañazos por culpa de las puntiagudas hojas del arbusto.

Los gnomos, sin embargo, no se habían movido. Seguían sonriendo en la noche ataviados con sus ridículos trajes y gorros. Solté un gemido porque estaba incómodo y notaba las piernas entumecidas.

Alce consultó su reloj.

—Llevamos aquí más de dos horas —susurró—. Esos gnomos no van a ir a ningún sitio. Yo me voy a casa.

—Espera un poco más —le rogué—. Los pillaremos, estoy convencido.

—Eres buen tío —dijo Alce mientras separaba las ramas por enésima vez—, por eso odio tener que decirte esto, Joe, pero estás más loco que...

No acabó la frase. Se quedó boquiabierto y los ojos casi se le salen de las órbitas.

Miré por entre los arbustos a tiempo de ver que los gnomos cobraban vida. Levantaron los brazos y se pasaron la mano por la barbilla. Movieron las piernas y se alisaron los trajes.

—¡Se están... se están moviendo! —exclamó Alce demasiado alto.

Entonces perdí el equilibrio y me caí encima del arbusto.

Me percaté de que nos habían visto. ¿Qué iba a pasar ahora?

19

—¡No! ¡Oh, no! —murmuró. Me tiró de los pies—. ¡Se están moviendo! ¡Se están moviendo de verdad!

Ocultos entre los arbustos observamos horrorizados a Feliz y a Desdentado.

Los gnomos doblaron las rodillas para desentumecer los músculos y luego empezaron a dar un paso tras otro.

Yo estaba en lo cierto. «Están vivos —pensé—, vivitos y coleando. Y vienen a por Alce y a por mí. Tenemos que echar a correr. Tenemos que salir de aquí.»

¡Pero los dos éramos incapaces de apartar los ojos de los gnomos del jardín!

De repente vislumbramos la luna llena por encima de los árboles. El jardín delantero se iluminó como si alguien hubiera encendido una linterna. Las figuras rechonchas mecieron sus cortos brazos y empezaron a correr. Sus gorros puntiagudos cortaban el aire como aletas de tiburón.

Se acercaron a nosotros moviendo sus cortas piernas.

Alce y yo nos arrodillamos e intentamos escondernos. Temblábamos tanto que hasta el arbusto se agitaba.

Los gnomos se acercaron todavía más, tanto que vi el color rojo oscuro de sus ojos malévolos y el brillo blanco de su sonrisa.

Apreté los puños con tanta fuerza que me hice daño en las manos.

¿Qué iban a hacernos?

Cerré los ojos y oí que pasaban de largo. Oí el sonido seco de sus

pasos y el silbido de su respiración. Cuando abrí los ojos los vi corriendo por el sendero de cemento y dirigiéndose a uno de los lados de la casa.

—Alce, ¡no nos han visto! —susurré contento.

Nos ayudamos mutuamente a ponernos en pie. Yo estaba mareado y tenía la sensación de que la tierra oscura donde apoyaba mis pies se inclinaba. Me parecía tener las piernas de mantequilla.

Alce se secó la frente.

—¿Qué están haciendo? —preguntó.

Meneé la cabeza.

—No lo sé, pero tenemos que seguirlos. ¡Vamos!

Levantamos el pulgar en señal de aprobación y salimos de nuestro escondrijo. Yo iba en cabeza. Cruzamos el sendero de cemento y pasamos por el porche delantero en dirección a uno de los lados de la casa.

Me detuve al oír que hablaban en voz baja, justo delante de nosotros.

Alce me agarró por el hombro con los ojos abiertos como platos.

—¡Yo me largo ahora mismo!

Me volví.

—¡No! —le rogué—. Tienes que quedarte y ayudarme a pillarlos. Tenemos que demostrar a nuestros padres lo que ha pasado.

Lanzó un profundo suspiro. El hecho de que un muchacho tan duro y fornido como Alce estuviera tan asustado como yo me hacía sentir un poco mejor. Al final asintió.

—De acuerdo. A por ellos.

Aprovechando la sombra oscura de la casa llegamos a la parte de atrás. Vi a *Buster* profundamente dormido al lado de su caseta, en medio del patio. Y entonces distinguí a los gnomos. Estaban inclinados sobre un montón de latas de pintura, brochas y trapos que los pintores habían dejado al lado del garaje.

Alce y yo vacilamos cuando Feliz y Desdentado cogieron dos latas de pintura negra y las abrieron haciendo palanca con sus gruesos dedos.

Riendo tontamente, los dos enanos echaron hacia atrás las latas abiertas y arrojaron la pintura negra hacia la casa. La pintura manchó la pared recién pintada de blanco y dejó varios regueros

negros.

Me tapé la boca con la mano para no gritar.

Lo sabía. Lo había sabido todo este tiempo, pero nadie iba a creerme. Los gnomos eran los causantes de todas las catástrofes que habían sucedido últimamente.

Los gnomos volvieron al lugar donde habían encontrado la pintura a buscar más.

—Tenemos que detenerlos —le susurré a Alce—. Pero ¿cómo?

—Vamos a hacerles un placaje —sugirió Alce—. Los agarramos por detrás y los inmovilizamos.

Parecía sencillo. Al fin y al cabo, eran pequeños. Más pequeños que nosotros.

—De acuerdo —susurré mientras notaba que el estómago se me revolvía—. Luego los arrastramos al interior de la casa y se los enseñamos a mis padres.

Respiré hondo y aguanté la respiración. Alce y yo empezamos a acercarnos lentamente.

Un poco más. Un poco más.

¡Ojalá las piernas no me temblaran como una hoja a merced del viento!

Más cerca.

Y entonces Alce se tambaleó.

Tropezó, y cayó al suelo soltando un «¡Ahhh!» muy fuerte. Tardé un segundo en percatarme de que había tropezado con la cuerda de *Buster*. Intentó ponerse en pie pero la cuerda se le había enredado en el tobillo. La cogió con las dos manos y le dio un fuerte tirón.

¡Entonces despertó a *Buster*!

Guau, guau, guau.

Buster debió de ver a los gnomos porque empezó a ladrar como un poseso.

Los gnomos dieron media vuelta y fijaron su mirada en nosotros. Bajo la luz de la luna, sus rostros se tornaron severos y amenazadores.

—¡Cógelos! —gruñó Desdentado—. ¡Que no escapen!

20

—¡Corre! —grité.

Alce y yo salimos disparados hacia la parte delantera de la casa mientras *Buster* ladraba sin parar. Por encima de los ladridos, distinguí las risitas agudas que soltaban los gnomos mientras nos perseguían.

Sus pies pisaban la hierba con fuerza. Volví la mirada atrás y vi sus rechonchas piernas moviéndose rápidamente formando un torbellino.

Forcé mis piernas al máximo mientras intentaba respirar y doblé la esquina de la casa. Oía las risas agudas de los gnomos cerca de nosotros.

—¡Socorro! —exclamó Alce—. ¡Que alguien nos ayude!

Me quedé boquiabierto, era incapaz de respirar. Nos estaban alcanzando. Por eso supe que tenía que correr más rápido pero, de repente, noté que las piernas no me respondían.

—¡Socorro! —volvió a gritar.

Miré hacia la casa. ¿Por qué no se despertaba nadie?

Dimos vueltas a la casa sin parar. ¿Por qué se reían de aquel modo? ¿Porque sabían que iban a alcanzarnos?

Noté una punzada de dolor en el costado.

—¡Oh, no! ¡Un calambre!

Alce tiró de mí.

—No te rindas, Joe. ¡Sigue corriendo!

El dolor se hizo más intenso y me sentí como si me hubieran clavado un cuchillo.

—¡No puedo...! —dije medio ahogado.

—¡Joe! ¡Sigue corriendo! ¡No pares! —gritó Alce mientras me tiraba del brazo desesperadamente.

Pero me doblé de dolor con la mano en el costado.

«Se acabó —pensé—. Me han pillado.» Y entonces se abrió la puerta delantera y se encendió la luz del porche.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó una voz conocida.

¡Mindy!

Salió ciñéndose el cinturón de su albornoz rosa. Vi que entrecerraba los ojos para distinguir algo en la oscuridad.

—¡Mindy! —exclamé asustado—. ¡Mindy, ten cuidado!

Demasiado tarde.

Los gnomos la cogieron.

Riendo como locos, le agarraron los brazos, la arrastraron por las escaleras del porche y la llevaron hacia la calle.

21

Mindy meneaba los brazos y daba patadas pero los gnomos tenían una fuerza sorprendente.

—¡Socorro! —exclamó Mindy—. ¡No os quedéis ahí parados! ¡Ayudadme!

Tragué saliva. El dolor que sentía en el costado se desvaneció.

Alce y yo no podíamos articular palabra pero empezamos a perseguirlos.

Ya habían llevado a Mindy a la calle. Sus pasos resonaban en el asfalto. Bajo la luz de la farola, la vi luchando por librarse de ellos.

Bajamos como un rayo por el camino de entrada.

—¡Soltadla! —grité jadeando—. ¡Soltad a mi hermana inmediatamente!

Más risas. Los gnomos pasaron corriendo por delante de la casa de los McCall y siguieron dos casas más allá. Nosotros corríamos detrás de ellos sin dejar de gritarles que se detuvieran.

Y entonces, para nuestra sorpresa, se pararon. Soltaron a Mindy en la sombra de un alto seto y se volvieron hacia nosotros.

—No queremos haceros daño.

Ahora los gnomos tenían una expresión seria. Sus ojos nos observaban en la oscuridad.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Mindy, alisándose el albornoz—. ¡Esto es una locura! ¡Una locura!

—Si lo sabré yo —murmuré.

—Por favor, escuchadnos —dijo Feliz con voz áspera.

—No queremos haceros daño —repitió Desdentado.

—¿Que no queréis hacernos daño? —gritó Mindy—. ¿Que no queréis hacernos daño? ¡Me habéis sacado de mi casa! Vosotros...

—Sólo queríamos que nos prestarais atención —dijo Feliz con voz queda.

—Bueno, pues ya lo habéis conseguido —afirmó Mindy.

—No queremos haceros daño —insistió Desdentado—. Por favor, creednos.

—¿Cómo vamos a creerlos? —pregunté finalmente cuando recuperé el habla—. Daos cuenta de todas las barbaridades que habéis hecho. ¡Habéis destrozado los jardines! ¡Lo habéis manchado todo de pintura! ¡Habéis...!

—No podemos evitarlo —intervino Feliz.

—No podemos —repitió Desdentado—. Es que somos Duendes Diabólicos.

—¿Que sois qué? —preguntó Mindy.

—Duendes Diabólicos. Hacemos travesuras. Es nuestra función en la vida —explicó Feliz.

—Dondequiera que haya maldad en el mundo, ahí estamos nosotros —añadió Desdentado—. Nos dedicamos a cometer fechorías. No podemos evitarlo de ninguna manera. —Se inclinó hacia adelante y desprendió un trozo de cemento de la acera. Acto seguido, abrió el buzón que había enfrente de nosotros y metió el trozo de cemento—. ¿Lo veis? No puedo evitarlo. Tengo que hacer diabluras dondequiera que esté.

Feliz rió.

—Sin nosotros el mundo sería un lugar muy aburrido, ¿no?

—Sería mucho mejor —afirmó Mindy cruzándose de brazos.

Alce aún no había pronunciado ni una sola palabra. Estaba de pie observando a los dos gnomos parlantes.

Feliz y Desdentado pusieron mala cara.

—No hiráis nuestros sentimientos —dijo Desdentado con aspereza—. Nuestra vida tampoco es tan fácil.

—Y necesitamos vuestra ayuda —añadió Feliz.

—¿Queréis que os ayudemos a cometer barbaridades? —pregunté—. ¡Ni hablar! ¡Yo ya me he metido en muchos líos por vuestra culpa!

—No. Os necesitamos para recuperar nuestra libertad —afirmó

Desdentado muy seriamente—. Por favor, escuchad y creed lo que vais a oír.

—Escuchad y creed lo que vais a oír —repitió Feliz.

—Vivíamos en unas tierras lejanas —empezó Desdentado—. En un bosque frondoso y verde. Vigilábamos las minas y protegíamos los árboles. Aunque cometíamos nuestras diabluras de forma inocente, también hacíamos cosas buenas.

—Éramos muy trabajadores —nos contó Feliz mientras se rascaba la cabeza—. Y vivíamos felices en nuestro bosque.

—Pero entonces cerraron las minas y talaron los árboles —prosiguió Desdentado—. Nos apresaron, nos secuestraron y nos alejaron de nuestro hogar. Nos enviaron a vuestro país y nos obligaron a trabajar como adornos de jardín.

—Esclavos —dijo Feliz meneando la cabeza entristecido—. Nos obligan a permanecer quietos día y noche.

—¡Es imposible! —exclamó Mindy—. ¿No os aburrís? ¿Cómo conseguís estar tan quietos?

—Entramos en trance —explicó Desdentado—. El tiempo pasa sin que nos demos cuenta. Salimos de nuestro trance por la noche y nos dedicamos a nuestra labor.

—¡A hacer travesuras! —exclamé.

Ambos asintieron.

—Sí, pero queremos recuperar nuestra libertad —continuó Feliz—. Ir a donde deseemos. Vivir donde decidamos. Queremos encontrar otro bosque en el que vivir en libertad. —Dos pequeñas lágrimas de gnomo corrieron por sus orondas mejillas.

Desdentado exhaló un suspiro y levantó sus ojos hacia mí.

—¿Nos ayudaréis?

—¿Ayudaros a qué? —pregunté.

—Ayudarnos a escapar a nosotros y a nuestros amigos —respondió Desdentado.

—Hay otros seis —explicó Feliz—. Están encerrados en el sótano de la tienda donde nos comprasteis. Necesitamos vuestra ayuda para liberarlos.

—Podemos entrar por la ventana del sótano —prosiguió su amigo—. Pero somos demasiado bajitos para volver a salir por la ventana y para llegar al pomo de la puerta y salir por ella.

—¿Nos ayudaréis a escapar? —suplicó Feliz al tiempo que me tiraba de la camiseta—. Sólo tenéis que entrar en el sótano y luego hacer que nuestros amigos salgan por la puerta.

—Ayudadnos, por favor —rogó Desdentado con lágrimas en los ojos—. Entonces nos marcharemos a un bosque frondoso. Y nunca más os meteremos en líos.

—¡A mí me parece bien! —exclamó Mindy.

—Entonces, ¿nos ayudaréis? —dijo Feliz chillando.

Los dos empezaron a tirarnos de la ropa canturreando:

—Por favor, por favor, por favor, por favor, por favor.

Alce, Mindy y yo intercambiamos miradas llenas de preocupación.

¿Qué debíamos hacer?

22

—Por favor, por favor, por favor, por favor.

—Ayudémoslos —dijo Alce cuando consiguió articular palabra.

Me volví hacia Mindy. No suelo pedirle consejo, pero era la más mayor.

—¿Qué opinas?

Mindy se mordió el labio inferior.

—Bueno, ya sabes que *Buster* detesta estar atado —dijo—. Sólo quiere estar suelto. Supongo que todo el mundo merece ser libre, hasta los gnomos de jardín.

Me volví hacia los dos enanos.

—¡Os ayudaremos! —afirmé.

—¡Gracias! ¡Gracias! —exclamó Desdentado con alegría. Pasó el brazo por encima del hombro de su amigo—. No os podéis imaginar lo que esto significa para nosotros.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! —gritó Feliz.

Dio un salto y golpeó los talones de sus botas en el aire—. ¡Rápido! ¡Vamos!

—¿Ahora? —preguntó Mindy—. ¡Son las tantas de la madrugada! ¿No podemos esperar a mañana?

—No, por favor. Ahora —insistió Feliz.

—En la oscuridad —añadió Desdentado—. Mientras la tienda está cerrada. Por favor, démonos prisa.

—Yo no voy vestida —replicó Mindy—. No creo que ir ahora sea buena idea. Creo que...

—Si nos quedamos más tiempo, tendremos que hacer más

travesuras —afirmó Desdentado con un guiño.

Estaba claro que yo no deseaba que eso ocurriese.

—¡Pues vamos ahora! —convine.

Así pues, los cinco subimos la empinada y oscura calle que llevaba a El Césped Encantado. Me sentía rarísimo. Ahí estábamos, paseándonos a altas horas de la noche con un par de estatuas para el jardín. ¡Y encima nos disponíamos a entrar furtivamente en la tienda y liberar a seis estatuas más!

La vieja casa rosa ya resultaba rara durante el día pero, de noche, era totalmente espeluznante. Todas aquellas figurillas de animales, ciervos, focas y flamencos nos miraban a través de la oscuridad con ojos vacíos e inertes.

«¿También estarán vivos?», me pregunté.

Feliz pareció leerme el pensamiento.

—No son más que adornos —dijo con desprecio—. Nada más.

Los entusiasmados gnomos recorrieron rápidamente la zona ajardinada y se dirigieron a la parte trasera de la casa. Alce, Mindy y yo los seguíamos.

Mi hermana me cogió del brazo con una mano fría como el hielo. Todavía me temblaban las piernas, pero el corazón me palpitaba de emoción, no de miedo.

Feliz y Desdentado señalaron la gran ventana baja que conducía al sótano. Me arrodillé y miré hacia el interior. Reinaba la más completa oscuridad.

—¿Estáis seguros de que los otros gnomos están aquí abajo? —pregunté.

—¡Oh, sí! —afirmó Desdentado con impaciencia—. Los seis. Están esperando que los rescatéis.

—Daos prisa —suplicó Feliz empujándome hacia la ventana—. Antes de que la vieja nos oiga y se despierte.

Me situé al nivel de la ventana abierta y me volví hacia mi hermana y Alce.

—Nosotros iremos detrás de ti —susurró éste.

—Rescatémoslos y salgamos de aquí —nos instó ella.

Crucé los dedos y me deslicé hacia la oscuridad.

23

Salté por encima del marco de la ventana y aterricé de pie. Poco después, oía a Alce y Mindy saltar detrás de mí.

Entrecerré los ojos para distinguir algo en la penumbra circundante pero no veía nada. Me pasé la lengua por los labios secos y percibí el olor de la habitación.

Un olor fuerte, similar al del vinagre, inundaba el sótano caluroso y húmedo. «Sudor —pensé—, sudor de gnomo.»

Oí unas risitas ahogadas procedentes del exterior. Desdentado y Feliz se lanzaron por encima de la repisa de la ventana y cayeron al suelo con un ruido sordo.

—Eh, chicos... —susurré.

Pero se escondieron rápidamente entre las tinieblas.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Alce.

—Tenemos que encontrar el interruptor de la luz —dijo Mindy en voz muy baja.

Pero antes de que pudiéramos movernos, se encendieron todas las lámparas del techo. Parpadeé debido al súbito resplandor de la luz. Entonces recorrí el gran sótano con la mirada y me quedé boquiabierto ante tal cantidad de gnomos para jardín.

No eran seis, eran seiscientos. Filas y filas de gnomos pegados los unos a los otros observándonos a los tres.

—¡Anda! —exclamó Alce—. ¡Son un montón!

—¡Oh, no! ¡Feliz y Desdentado nos han engañado! —grité.

Llevaban camisas de colores distintos pero todos los gnomos eran exactamente iguales. Todos llevaban gorros puntiagudos y un

cinturón negro. Todos tenían los ojos rojos, la nariz ancha, una sonrisa dibujada en los labios y unas grandes orejas acabadas en punta.

Estaba tan asombrado de ver a tantas criaturas como aquellas que tardé un poco en reconocer a Feliz y a Desdentado, que se encontraban en uno de los rincones de la sala.

Feliz aplaudió tres veces. Y luego tres veces más. Eran aplausos cortos y fuertes que resonaban en las paredes del sótano. Fue entonces cuando la multitud de gnomos recobró vida. Empezaron a estirarse y a doblarse, a reír y a parlotear con estridencia.

Mindy me cogió del brazo.

—Tenemos que salir de aquí.

Apenas la oía por encima del parloteo y las risas de los gnomos. Levanté la mirada hacia la ventana del sótano. De repente, me pareció muy alta y lejana.

Cuando me volví, Feliz y Desdentado estaban delante de nosotros dando palmadas para que les prestáramos atención. Los cientos de gnomos se callaron al instante.

—Hemos traído a los jóvenes humanos —anunció Feliz sonriendo con alegría.

—Hemos cumplido nuestra promesa —afirmó Desdentado.

Se oyeron risas y vítores.

Y entonces, para nuestro horror, los gnomos empezaron a acercarse a nosotros. Los ojos les brillaban de emoción. Alargaron sus manos rechonchas para alcanzarnos.

Los gorros puntiagudos se balancearon y cayeron hacia adelante como tiburones prestos para el ataque.

Mindy, Alce y yo retrocedimos pero chocamos contra la pared.

Los gnomos se apelotonaron encima de nosotros.

Sus pequeñas manos tiraban de mi ropa, me golpeaban la cara, me tiraban del pelo.

—¡Basta! —grité—. ¡Apartaos! ¡Apartaos!

—¡Hemos venido a ayudaros! —oí que decía

Mindy—. ¡Por favor, hemos venido a ayudaros a escapar!

Se oyeron risas más fuertes.

—¡Pero nosotros no queremos escapar! —afirmó un gnomo sonriente—. ¡Ahora que estáis aquí nos vamos a divertir mucho

más!

24

¿Divertir?

¿A qué se refería con eso de «divertirse»?

Feliz y Desdentado se abrieron paso entre la multitud y se colocaron delante de nosotros. Dieron unas palmadas para apagar las risas y el parloteo de los gnomos.

El sótano quedó en silencio.

—¡Nos habéis engañado! —gritó Mindy a los dos gnomos—. ¡Nos habéis mentido!

Su única respuesta fue ponerse a reír y darse palmadas en el hombro a modo de felicitación.

—Parece mentira que os creyerais nuestra triste historia —dijo Feliz, meneando la cabeza.

—Os contamos que éramos Duendes Diabólicos —añadió Desdentado con sarcasmo—. ¡Deberíais haberos dado cuenta de que estábamos cometiendo una de nuestras diabluras!

—Qué chiste tan bueno, chicos —dije esforzándome por sonreír—. Hemos picado, muy bien, pero ahora dejadnos ir a casa, ¿de acuerdo?

—Sí. ¡Dejadnos ir a casa! —insistió Alce.

Toda la sala estalló en risas.

Feliz meneó la cabeza.

—Es que la diablura no ha hecho más que empezar —afirmó.

Risas y vítores.

Desdentado se volvió hacia la muchedumbre emocionada.

—¿Qué hacemos con nuestros queridos prisioneros? ¿Se os

ocurre alguna idea?

—Vamos a ver si botan —propuso un gnomo desde el fondo de la sala.

—Sí. ¡Vamos a botarlos!

—¡Un concurso de botes!

—No, vamos a lanzarlos contra la pared. ¡Que boten y los pillamos!

Más vítores.

—¡No! ¡Los doblamos en cuadraditos! Me encanta doblar a los humanos en cuadraditos.

—¡Sí! ¡Un concurso de doblar! —exclamó otro gnomo.

—¡Doblémoslos! ¡Doblémoslos! ¡Doblémoslos! —empezaron a canturrear varios gnomos.

—¡Vamos a hacerles cosquillas! —sugirió uno de los gnomos de delante.

—¡A hacerles cosquillas durante horas!

—¡Cosquillas! ¡Cosquillas! ¡Cosquillas!

El sótano quedó inmerso en su cantinela.

—¡Doblémoslos! ¡Doblémoslos! ¡Doblémoslos!

—¡Cosquillas! ¡Cosquillas! ¡Cosquillas!

—¡Botes! ¡Botes! ¡Botes!

Me volví hacia Alce, que observaba aterrorizado a la multitud de gnomos con su cantinela. Tenía los ojos salidos y le temblaba la barbilla.

Mindy estaba aprisionada contra la pared. Tenía el pelo rubio enmarañado en la frente y las manos en los bolsillos del albornoz.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó a voz en grito para que la oyera entre todo aquel estruendo de voces.

De repente se me ocurrió una idea. Levanté los brazos por encima de mi cabeza.

—¡Silencio! —grité.

Enseguida reinó el silencio más absoluto. Cientos de ojos rojos estaban fijos en mí.

—Dejadnos marchar —rogué—. O los tres nos pondremos a gritar con todas nuestras fuerzas. Despertaremos a la señora Anderson y bajará rápidamente a rescatarnos.

Silencio.

¿Los había asustado?

No. Los gnomos prorrumpieron en carcajadas llenas de sarcasmo. Se daban palmaditas en los hombros unos a otros, silbaban y reían.

—Tendréis que pensar algo mejor —me dijo

Feliz sonriendo—. Todos sabemos que la señora Anderson está sorda como una tapia.

—Adelante, gritad —nos instó Desdentado—. Gritad todo lo que queráis. Nos gusta que los humanos griten. —Se volvió hacia Feliz y los dos se dieron palmaditas en el hombro mutuamente y cayeron al suelo desternillándose de risa y dando patadas en el aire.

La cantinela volvió a oírse en el sótano.

—¡Doblémoslos! ¡Doblémoslos! ¡Doblémoslos!

—¡Cosquillas! ¡Cosquillas! ¡Cosquillas!

—¡Botes! ¡Botes! ¡Botes!

Me volví hacia mi hermana y mi amigo, que estaban aterrorizados, al tiempo que exhalaba un profundo suspiro.

—Estamos perdidos —murmuré—. No tenemos escapatoria.

25

—¡El juego de la cuerda! ¡El juego de la cuerda!

Se oyó una nueva propuesta al fondo de la sala y, poco a poco, se abrió paso hasta la parte delantera.

—¡Sí! —asintieron contentos Feliz y Desdentado.

—¡El juego de la cuerda! ¡Tiraremos de ellos para ver cuánto se estiran! —gritó Desdentado.

—¡Los estiraremos! ¡Los estiraremos!

—¡El juego de la cuerda! ¡El juego de la cuerda!

—Joe, ¿qué vamos a hacer? —oí la voz asustada de Mindy por encima del entusiasmo de las propuestas.

«Piensa, Joe —me dije—. ¡Piensa! ¡Tiene que haber alguna forma de salir de aquí!»

Pero estaba aturdido. La cantinela resonaba en mis oídos mientras aquellos rostros sonrientes nos miraban de soslayo. Era incapaz de ordenar mis pensamientos.

—¡Los estiraremos! ¡Los estiraremos!

—¡Doblémoslos! ¡Doblémoslos!

—¡Cosquillas! ¡Cosquillas! ¡Cosquillas!

Entonces, por encima de los gritos de los gnomos, oí un sonido que me resultaba familiar: el ladrido de un perro. El ladrido de *Buster*.

—¡*Buster*! —exclamó Mindy—. ¡Lo he oído!

—¡Yo... yo también! —exclamé girándome y elevando la mirada hacia la ventana que teníamos sobre nuestras cabezas—. ¡Nos ha seguido! ¡Debe de estar ahí afuera!

En aquellos momentos deseaba con todas mis fuerzas que *Buster* pudiera hablar, que pudiera volver a casa corriendo y explicar a nuestros padres que estábamos metidos en un lío de campeonato.

Pero sólo ladraba. ¿O no?

De repente recordé lo mucho que se asustaban Desdentado y Feliz siempre que *Buster* se acercaba a ellos. Recordé la expresión aterrorizada de sus caras.

El corazón se me llenó de esperanza. Tal vez los gnomos teman a los perros. Tal vez *Buster* los asuste y los obligue a soltarnos. A lo mejor incluso es capaz de intimidarlos y de que vuelvan a entrar en trance.

Me acerqué un poco más a mi hermana con la espalda pegada a la pared.

—Mindy, me parece que los gnomos tienen miedo de *Buster*. Si conseguimos que baje aquí, creo que estaremos salvados.

No lo dudamos ni un momento. Los tres empezamos a gritar hacia la ventana.

—¡*Buster*! ¡*Buster*! ¡Ven aquí, perrito!

¿Nos oía por encima de la cantinela de los gnomos?

¡Sí!

Su gran cabezota se acercó a la ventana.

—¡Perrito bueno! —exclamé—. Ahora ven aquí. Baja, baja. —*Buster* abrió la boca, de donde le colgaba la lengua rosada, y empezó a jadear—. ¡Perrito bueno! —canturreé—. ¡Perrito bueno, baja aquí! ¡Rápido! ¡Venga, *Buster*! ¡Vamos!

Buster asomó la cabeza y bostezó.

—¡Baja, *Buster*! —ordenó Mindy—. ¡Baja aquí, perrito!

Apartó la cabeza de la ventana y se sentó en el exterior. Desde abajo, veía la cabeza reposando entre sus patas.

—¡No, *Buster*! —grité con fuerza—. ¡Vamos, perrito! ¡No te tumbes! ¡Ven! ¡*Buster*, ven! —Volvió a acercar la cabeza a la ventana. Un poco más, un poco más—. ¡Así me gusta! ¡Vamos! —supliqué—. Un poco más... un poco más. Si bajas aquí te daré tus golosinas preferidas cinco veces al día.

—*Buster* ladeó la cabeza y olisqueó el aire húmedo y cargado del sótano. Levanté los brazos en dirección al perro—. Por favor, *Buster*. Eres nuestra última oportunidad. Por favor, ¡date prisa! Baja aquí.

Decepcionado, vi que *Buster* se apartaba de la ventana, daba media vuelta y se marchaba trotando.

26

Mindy y Alce exhalaban unos profundos suspiros de desilusión.

—*Buster* nos ha abandonado —dijo Mindy con voz queda, dejando caer los hombros. Alce se arrodilló en el suelo al tiempo que meneaba la cabeza.

—¡La cama elástica! ¡La cama elástica!

La cantinela había cambiado.

Feliz nos dedicó una sonrisa.

—Tal vez os utilicemos de camas elásticas. ¡Qué divertido!

—Ya es hora de votar —añadió Desdentado, frotándose las manos con fruición.

—¡La cama elástica! ¡La cama elástica!

—¡El juego de la cuerda! ¡El juego de la cuerda!

Me tapé los oídos con las manos para no oír aquellas voces agudas.

«Silencio. Por favor, callaos ya», pensé.

Silencio.

Esta palabra me dio una idea. Silencio. ¡El silbato de *Buster* era silencioso! De repente, caí en la cuenta de lo que debía hacer para que *Buster* volviera.

—¡Mindy! —exclamé—. ¡El silbato para perros! ¡*Buster* siempre acude cuando lo utilizo!

Mindy levantó la cabeza y la vi más animada.

—¡Claro! —dijo—. ¡Date prisa, Joe!

Busqué el silbato de metal brillante bajo mi camiseta. Estaba empapado de sudor. «Funcionará —me dije—. Hará que *Buster*

vuelva.»

Saqué el silbato.

—¡El silbato! —gritaron varios gnomos.

El silencio se apoderó de la habitación. Me acerqué el silbato a los labios.

—¡Rápido! ¡Silba! —gritó Mindy.

Para mi sorpresa, Feliz y Desdentado se abalanzaron sobre mí. Dieron un salto, dieron un manotazo al silbato y éste salió disparado de entre mis manos.

—¡Nooo! —grité lleno de desesperación.

Intenté cogerlo como fuera pero rodó por el suelo del sótano.

27

Mindy, Alce y yo nos apresuramos a recogerlo, pero los gnomos se nos adelantaron.

Uno de ellos, ataviado con una camisa azul brillante, levantó el silbato cogiéndolo fuerte con su pequeño puño.

—¡Lo tengo!

—¡No, no lo tienes! —exclamó Alce. Se abalanzó sobre el gnomo y lo agarró por las rodillas.

El gnomo lanzó un bufido al caer al suelo y soltó el silbato, que rebotó y fue a parar cerca de donde yo estaba. Entonces lo recogí y me dispuse a acercármelo a los labios.

Tres gnomos se me subieron a los hombros sin dejar de reír y gruñir.

—¡No! —solté un grito cuando me arrebataron el silbato. Me caí al suelo debido al peso de los tres gnomos.

Finalmente conseguí deshacerme de ellos y me puse en pie buscando el silbato con la mirada. Vi un montón de gnomos tirándose al suelo en su busca. A un par de metros de ahí, Alce luchaba contra cuatro o cinco de ellos que se habían puesto en línea para cerrarle en paso. Mindy batallaba contra otro grupo de gnomos que la tenía inmovilizada, agarrándole las piernas y la cintura con sus diminutas manos.

Y entonces vi que Feliz levantaba el silbato. Los gnomos retrocedieron y se colocaron en círculo a su alrededor. Dejó el silbato en el suelo y levantó el pie.

¡Iba a aplastarlo!

—¡Nooo! —Otro grito desesperado escapó de mi garganta. Me tiré al suelo, medio gateando, medio volando.

Mientras el pesado pie de yeso de Feliz iniciaba el descenso, alargué la mano, busqué el silbato a tientas y lo cogí. Retrocedí justo cuando el pie del gnomo caía pesadamente en el suelo y aterrizaba a pocos centímetros de mi cabeza.

Me senté y volví a llevarme el silbato a los labios. Soplé con todas mis fuerzas.

¿Y ahora qué? ¿Surtiría efecto? ¿Acudiría *Buster* rápidamente en nuestra ayuda?

28

Volví a soplar por el silbato silencioso y me volví hacia la ventana. *Buster*, ¿dónde te has metido?

Los gnomos debían de estar preguntándose lo mismo porque también se quedaron petrificados. El parloteo, las risitas y las cantinelas dejaron de oírse.

El único sonido audible era mi propia respiración. Dirigí la mirada hacia la ventana pero no vi más que un rectángulo oscuro. No había ni rastro de *Buster*.

—¡Eh! —El grito de Alce me hizo volver la mirada atrás—. ¡Míralos! —la voz de Alce resonaba entre tanto silencio.

—¡Mira! ¡Se han quedado quietos! —afirmó Mindy. Puso las manos en el gorro rojo de uno de los gnomos y lo empujó.

Cayó al suelo con gran estrépito. No se movió porque no era más que un montón de yeso.

—¡No lo entiendo! —Alce se rascó el poco pelo que tenía.

Con el silbato bien cogido entre las manos, recorrí la sala examinando a los gnomos petrificados, haciéndolos caer, disfrutando del silencio.

—Vuelven a estar en trance —murmuró Mindy.

—Pero ¿cómo? —preguntó Alce—. *Buster* no ha aparecido. Si le tenían miedo al perro, ¿por qué se han quedado así?

De repente di con la respuesta. Levanté el silbato y volví a soplar.

—Ha sido el silbato —expliqué—. No ha sido *Buster*, estaba equivocado. Le tienen miedo al silbato, no al perro.

—Salgamos de aquí —dijo Mindy con voz queda—. No quiero volver a ver a otro gnomo de jardín en toda mi vida.

—¡Ya veréis cuando le cuente esto a mis padres! —exclamó Alce.

—¡Eh! —grité cogiéndolo por el hombro—. ¡No podemos contárselo a nadie! ¡A nadie!

—¿Por qué no? —preguntó.

—Porque nadie se lo va a creer —respondí.

Alce me miró fijamente durante unos instantes.

—Tienes razón —convino al final—. Tienes toda la razón.

Mindy se acercó a la pared y miró hacia la ventana.

—¿Cómo vamos a salir de aquí?

—Yo lo sé —afirmé. Cogí a Desdentado y a Feliz y los coloqué debajo de la ventana. A continuación me subí a sus gorros, levanté los brazos hasta la ventana y me elevé—. ¡Gracias por el empujón, chicos! —grité.

No respondieron.

Confiaba en que se hubieran quedado petrificados para siempre.

Mindy y Alce hicieron lo mismo para salir al exterior. Por supuesto, *Buster* nos estaba esperando en el jardín. En cuanto aparecí empezó a menear su corta cola. Se acercó corriendo y me lamió la cara hasta mojármela por completo.

—Lo siento, amigo. Has llegado un poco tarde —le dije—. No has sido de mucha ayuda, ¿eh?

Me lamió un poco más y luego se dirigió hacia Alce y Mindy.

—¡Por fin! ¡Hemos salido! ¡Hemos salido! —exclamó Alce, y me dio una palmada tan fuerte en la espalda que casi se me salieron disparados los dientes.

Me volví hacia mi hermana.

—¡Cosquillas! ¡Cosquillas! ¡Cosquillas! —canturreé.

—Déjame en paz! —exclamó Mindy poniendo los ojos en blanco como era habitual en ella.

—¡Cosquillas! ¡Cosquillas! ¡Cosquillas! —simulaba hacer cosquillas con los dedos y empecé a perseguirla calle abajo.

—Joe, para ya. ¡No me hagas cosquillas! ¡Te lo advierto!

—¡Cosquillas! ¡Cosquillas! ¡Cosquillas!

Era consciente de que nunca iba a olvidar aquella penetrante

cantinela. Sabía que la oiría en mis sueños durante mucho, mucho tiempo.

El día siguiente por la tarde, Mindy y yo estábamos mirando la televisión en el estudio cuando papá llegó a casa.

—Portaos bien con vuestro padre —nos había advertido mamá un poco antes—. Está muy enfadado por lo del robo de los dos enanitos.

Sí, cuando se levantó por la mañana los dos gnomos habían desaparecido. Qué sorpresa.

Mindy y yo estábamos tan contentos que no nos habíamos peleado ni una sola vez. Y ahora nos alegraba ver a papá, aunque tenía una expresión extraña en el rostro.

—Eh... he traído una sorpresita —anunció mirando con cara de culpa a mamá.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—Venid a verlo. —Papá nos condujo al jardín delantero.

El sol se iba ocultando tras los árboles y el cielo estaba gris pero, aun así, vi claramente lo que papá había comprado en El Césped Encantado.

¡Un enorme gorila de yeso marrón!

Medía como mínimo dos metros y medio y tenía unos ojos negros y gigantescos, y un pecho de color violeta brillante. Sus garras eran del tamaño de unos guantes de béisbol y la cabeza del de una pelota de baloncesto.

—¡Es la cosa más fea que he visto en mi vida! —exclamó mamá, llevándose las manos a la cara—. No irás a dejar a ese horrible monstruo en el jardín, ¿verdad, cariño?

«Cualquier cosa es mejor que los gnomos —pensé—. Cualquier cosa es mejor que esos gnomos que cobran vida y se dedican a cometer fechorías.»

Miré a Mindy y presentí que estaba pensando lo mismo.

—Es muy bonito, papá —dije—. ¡Es el mejor gorila para jardín que he visto en toda mi vida!

—¡Está muy bien, papá! —convino Mindy.

Papá sonrió.

Mamá dio media vuelta y se dirigió hacia la casa meneando la cabeza.

Observé la enorme cara del gorila pintada de violeta y marrón.

—Pórtate bien, gorila —murmuré—. No hagas como esos horribles gnomos.

Entonces, cuando ya estaba dispuesto a irme, el gorila me guiñó un ojo.



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.